

EL ROBOT ESPARTACO

SYLVESTER STRANGE

Meg Harker descendió de su pequeño automóvil atómico ante el edificio pintado de blanco, modesto pero de buen gusto, que constituía la parte central de la granja. Pasó el cerco y avanzó con paso menudo pero ágil hacia la puerta de la casa.

Antes de entrar se volvió para echar una mirada —la última del día— a las tierras, fertilizadas y trabajadas con los métodos más modernos, que constituían todos los recursos de la familia Harker: padre e hija. Sentía que amaba aquella porción del mundo y que le habría resultado difícil dejarla. En Nueva York había más diversiones, sin duda, pero la gran ciudad, se dijo, no valía lo que aquello.



Sylvester Strange

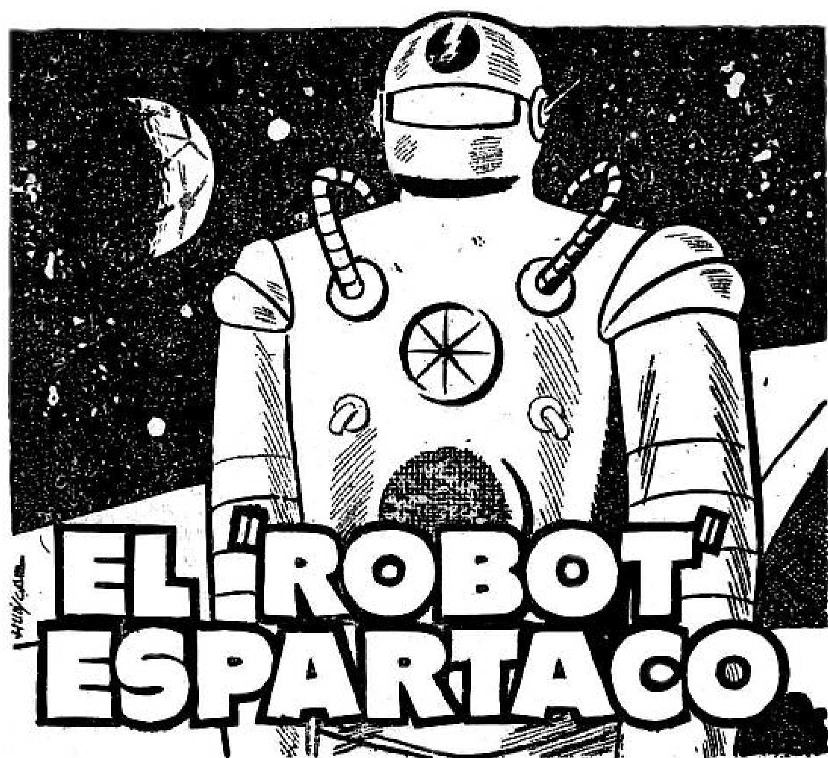
El «robot» Espartaco

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 106

ePub r1.0
LDS 28.10.18

Título original: *El «robot» Espartaco*
Sylvester Strange, 1958
Cubierta: Fersan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




EL "ROBOT" ESPARTACO

CAPÍTULO PRIMERO

UN INCONVENIENTE MECÁNICO



eg Harker descendió de su pequeño automóvil atómico ante el edificio pintado de blanco, modesto pero de buen gusto, que constituía la parte central de la granja. Pasó el cerco y avanzó con paso menudo pero ágil hacia la puerta de la casa.

Antes de entrar se volvió para echar una mirada —la última del día— a las tierras, fertilizadas y trabajadas con los métodos más modernos, que constituían todos los recursos de la familia Harker: padre e hija. Sentía que amaba aquella porción del mundo y que le habría resultado difícil dejarla. En Nueva York había más diversiones, sin duda, pero la gran ciudad, se dijo, no valía lo que aquello.

—¿Qué tal, Meg? La voz sonó cerca de la muchacha, por el pasillo que conducía al amplio vestíbulo.

Un hombre ya más que maduro, alto, de cabello enteramente canoso, se aproximó, renqueando.

Meg se volvió y miró con cariño a su padre. Ella era casi tan alta como él, rubia, de cabellos muy cortos, marcada la frente con la misma línea de firmeza, casi de obstinación.

Desde la enfermedad de su padre, que había obligado a éste a suspender por largos meses su actividad en la granja, Meg había debido asumir la vigilancia personal de los trabajos. Robin Harker estaba ahora repuesto, pero no del todo, y Meg prefería seguir con aquellas tareas hasta que la mejoría de su padre fuera completa.

—¡Hola, papá! —La expresión de la muchacha no era precisamente regocijada cuando contestó.

Robin Harker no dejó de advertirlo.

—¿Qué pasa, hija?

—Nada, papá.

Meg se encogió de hombros. No quería preocupar a su padre.

—¿Todo normal? ¿Están preparados ya los fardos para ese envío de mañana?

Meg movió la cabeza. Tampoco le gustaba mentir.

—Todavía no —dijo—. Desgraciadamente, no podrán ser enviados mañana. Ha ocurrido un atraso.

Y anticipándose a la pregunta próxima:

—Los robots —explicó—. Creo que nos los vendieron con un abuso de propaganda. No son ni la décima parte de eficaces de lo que dicen los prospectos.

Harker se sentó en una silla, con un gesto de desencanto.

—El agente aseguraba que eran tan veloces… ¿No marchan?

Meg se sirvió de una mesita un vaso de refresco. En realidad, no deseaba entrar en detalles.

El viejo Harker había gastado una considerable suma, casi más de lo prudente, en la adquisición de unidades del nuevo tipo de robots puestos recientemente en venta por una de las principales firmas fabricantes de esos muñecos. Se trataba de una clase especial, adaptada para la agricultura, y de la cual Harker pensaba obtener buenos rendimientos. Los primeros ensayos, tanto los efectuados por los representantes de la firma vendedora como los que se habían hecho luego en la granja por la propia Meg, habían sido satisfactorios. Los robots se desempeñaban eficazmente en

cualquiera de las tareas de la granja. Sus movimientos automáticos, perfectamente calculados, hacían que se pudiera confiar en ellos una vez puestos en movimiento y marcadas en sus organismos metálicos las funciones que se esperaba, que realizaran.

Hasta su forma, casi humana, daba la impresión de que no se trataba de máquinas sino de verdaderos peones de granja.

Meg no Ignoraba lo que eran los robots, incluso los de los mejores tipos conocidos hasta el momento, pero aquéllos, no sólo por la propaganda sino a juzgar por sus primeras demostraciones, parecían enormemente superiores.

Pero eso había sido durante los primeros días. Ahora no era lo mismo. Algo andaba mal.

Meg se sirvió otro vaso de refresco. El verano era muy caluroso aquel año en Georgia.

—¿No trabajaban bien? —insistió el viejo Harker—. ¿Muy lentos?

—No —dijo Meg—. No es precisamente eso, papá.

—¿Qué pasa, entonces?

—Están… raros. Diría que algo no funciona bien dentro del mecanismo. Algunos trabajan demasiado rápidamente, de modo que los otros, e inclusive los peones, no pueden seguirlo. Otros hacen las cosas atravesadas, colocan los fardos en lugar distinto del que se les indica; a dos o tres no ha sido posible moverlos. Y no están precisamente inutilizados: permanecen de pie, caminan, hasta dan impresión de escuchar las órdenes. Pero el trabajo no lo hacen, escuchan las órdenes, pero no las obedecen. El trabajo no lo hacen.

Meg se volvió casi automáticamente hacia una mesita sobre la cual había un aparato telefónico con pantalla. Iba a marcar un número cuando miró su reloj pulsera.

—Es ya tarde —objetó—. Las oficinas en Atlanta estarán cerradas. Mañana por la; mañana lo haré.

La joven se dirigió hacia el cuarto de baño, con intención de darse una dueña antes de la cena y olvidar por el resto del día, los trabajos rurales y la preocupación que le causaba lo que estaba ocurriendo.

Al hacerlo dirigió una mirada, a través de la vasta ventana, hacia el campo ya casi en sombras.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso? —dijo.

Un resplandor amarillento, con estrías rojas, se alzaba hacia el cielo por el Oeste, iluminando algunas nubes con reflejos fantásticos.

Harker volvió la vista hacia allí, casi al mismo tiempo que su hija.

—¡El granero! —exclamó ella.

Sin una palabra más, padre e hija corrieron, saliendo de la casa, hacia el lugar donde había comenzado el fuego.

Un hombre, de unos cuarenta y cinco años, moreno, grande y fuerte, estuvo a punto de tropezar con ellos cuando salieron. Era Hopkins, el capataz de la granja. Media docena de peones, que también habían dado por terminadas sus tareas y se habían recogido en sus habitaciones, llegaron corriendo.

—¡El granero! ¡Se incendia el granero!

—¿Qué han hecho, Hopkins? —reprochó el viejo—. ¿Han dejado algo encendido por allí?

—Le aseguro que no, señor, —se defendió el capataz—. Todo estaba en orden cuando nos retiramos. ¡No veo…!

Meg no escucho más. Corrió hacia el lugar del siniestro, que distaba unas doscientas yardas y estaba semioculto por una pantalla de árboles.

En realidad; el fuego no había tomado aún demasiado incremento, a pesar de la combustibilidad del contenido del granero. Sin perder tiempo, Meg fue la primera en llegar a la pequeña casilla donde se guardaban, entre otros materiales, varias cajas de granadas contra incendios.

—¡Aquí, pronto! —exclamó—. ¡El fuego no ha cundido todavía! ¡Lo apagaremos!

Corrió, con una granada en cada mano, y las arrojó con todas sus fuerzas contra el foco del incendio, que se extendía rápidamente.

Harker llegaba distanciado, con su pierna enferma, pero tanto el capataz como los peones se precipitaron hacia la casilla a sacar elementos contra el fuego.

Las esferas de cristal, llenas de líquido, volaron contra el granero en llamas, pero era ya algo tarde. El fuego, progresaba, azuzado por el viento.

—¡Se extiende! —exclamó uno de los peones, con desaliento—.

¡Va a arder todo el granero!

Así era, en efecto. El fuego cedió un tanto al primer ataque, pero pronto recrudeció.

De pronto, una idea que le pareció excelente asaltó la mente de Hopkins, el capataz.

—¡Los robots! ¡Los robots pueden llevar las granadas al mismo foco!

Harker asintió.

—¡Tráiganlos, pronto! ¡No se queden dormidos!

Hopkins se precipitó a toda carrera hacia el depósito donde se guardaban los muñecos mecánicos.

Regresó minutos después, seguido por cuatro siluetas casi humanas, de movimientos algo rígidos y miembros deformes. Meg sintió el impulso de repugnancia que experimentaba siempre que veía aquellos aparatos, en particular los del último modelo, comprados por su padre.

—¡Cuatro no, Hopkins! —exclamó Harker—. ¡Tráigalos todos!

—No sé —objetó el capataz—. Son muy costosos, y es posible que el calor del incendio estropee sus mecanismos, al menos si no proceden con suficiente rapidez. Si le parece, probaremos con éstos.

—Como quiera —gruñó el granjero—. ¡Pero pronto!

Los peones habían traído ya granadas, las últimas que quedaban disponibles. Hopkins distribuyó aquellos elementos entre los cuatro robots, uno en cada mano metálica.

Después manipuló en una serie de llaves que cubrían el pecho de los muñecos, y les habló, con aquel lenguaje ininteligible que era el único que podían recibir —algunos decían «entender»— aquellos cerebros electrónicos. Cada sonido, asimilado por ellos, hacía las veces de un botón o una palanca que los pusiera en marcha.

Hopkins era quien mejor conocía en la granja el extraño «idioma» —era necesario expresarse de algún modo— de los robots. Lo había estudiado a fondo, en las instrucciones proporcionadas por la fábrica.

—¿Entendido? —dijo, en inglés, impulsado por costumbre, al terminar.

Un sonido gutural salió de las gargantas de cada muñeco. No era respuesta a la palabra inglesa, por cierto, pero sí a las órdenes recibidas antes.

El fuego crepitaba en lo alto del granero, siniestramente.

—¡Pronto! —exclamó angustiado Harker—. ¡Úrjalos!

Hopkins lanzó otra orden. Dos de los robots avanzaron hacia las llamas, con sus granadas de cristal en las manos. Pero otros dos permanecieron como clavados en el suelo.

El capataz repitió las sílabas incomprensible, pero ninguno de los dos robots se movió.

—¡No sirven! —exclamó con ira Hopkins. =—. ¡Ya lo decía yo, Harker! ¡Eran pura propaganda y nada más! ¡Habrá que quejarse a la fábrica, y devolverlos!

Los primeros dos muñecos avanzaban ya, entre las llamas. Meg clavó la vista en ellos, como hipnotizada.

Entonces vio algo más.

Una tercera figura, grotesca, enrojecida por el resplandor de las llamas, salía de lo que ya podía llamarse los restos del granero.

—¡Un robot! —exclamó uno de los peones.

—¡Había dentro un robot!

Harker soltó con ira la granada que tenía en la mano.

—¿Quién hizo eso? —rugió—. ¿Quién dejó, uno tío esos aparatos en el granero, sin guardarlo en el depósito?

Una horrible sospecha cruzó por la mente de Meg Harker, aun antes de que el capataz hablara.

—¡Nadie! —dijo Hopkins—. ¡Puedo asegurárselo, Harker! Yo mismo conté los robots antes de guardarlos. Por lo demás hoy no hemos trabajado aquí ninguno de nosotros.

El capataz dio unos pasos hacia el robot, que avanzaba hacia ellos, saliendo del granero incendiado.

—¿Qué va a hacer, Hopkins? —exclamó un peón—. ¡No lo toque! ¡Está recalentado por el fuego!

Meg dio unos pasos hacia el capataz, instintivamente. Había visto en los ojos de Hopkins la misma sospecha que había experimentado ella. No sospechaba de la conducta de los peones, no, ni de la de ningún ser humano. En cambio…

—¡Cuidado, Hopkins!

La voz salió de la garganta de Meg como un alarido.

El capataz se plantó delante del muñeco que avanzaba hacia él. Dio una orden, en el «lenguaje» de los robots. Meg comprendió que quería imponer al muñeco que se detuviera.

Pero el robot no le hizo caso. Siguió avanzando, con movimientos mecánicos, estólidamente.

—¡Maldito muñeco! —exclamó Hopkins, y arrojó la granada para incendios contra la cabeza metálica del robot—. ¿Has sido tú quien incendió el granero? —Y añadió, olvidando que sólo se dirigía a un fantoche—: ¡Contesta!

Meg volvió a gritar, porqué desde donde estaba había alcanzado a ver la expresión de Hopkins, a luz de las llamas.

Y vio también el puño del muñeco que se alzaba y se descargaba, todo en un instante, contra la cabeza de Hopkins.

Oyó el ruido del metal de la mano al chocar contra la cabeza, pero también —al menos lo intuyó claramente— el crujido de los huesos del cráneo del pobre capataz al ser aplastados por el feroz golpe del robot.

Capítulo II

Harker Elimina el Peligro



n la oficina principal —el despacho del Presidente del Directorio— de la Merryck Corporation, la más importante fábrica de robots del mundo, el anciano Horace Merryck, fundador y principal accionista, presidía una pequeña, pero importante, reunión.

Lo acompañaban su sobrino Walter Clifford, gerente del establecimiento principal, y Percival Broster, ingeniero, jefe del departamento técnico, la más capaz de las mentes dedicadas a la fabricación y perfeccionamiento de los muñecos mecánicos que tan útiles, y tan imprescindibles, se habían hecho en los últimos años, La fama, del ingeniero Percival Broster era reconocida, no sólo en toda la unión, sino en el mundo entero.

Horace Merryck tenía un diario en la mano. Una pila de otros periódicos se amontonaba trente a él, sobre la mesa. Todos estaban

doblados por un sitio similar: la noticia de lo ocurrido la noche anterior en una granja del Oeste de Georgia. El viejo meneó la cabeza.

—Es muy grave esto para nosotros —insistió—. Muy grave, aparte, naturalmente, de lo que significa en cuanto a la pérdida de una vida humana; primero, por las consecuencias comerciales que ha de traernos, segundo, y no menos grave por cierto, porque existe la posibilidad de que esos hechos se produzcan de nuevo.

La mirada de Horace Merryck giró hacia su sobrino, que había hecho un movimiento para hablar.

—¿Qué dices, tú, Walter?

—Esta mañana llamaron por teléfono desde la granja —explicó el más joven de, los tres hombres. No tendría más de veintiocho años, pero sólo su presencia serena y firme convencía de que Merryck no había obrado mal al confiarle la gerencia del establecimiento—. La hija del dueño, una tal Meg Harker, pide que se haga una investigación con los robots. El granjero no quiere usarlos más, y ha dispuesto hacerlos volar con dinamita, pero la muchacha se opone a semejante, destrucción, por razones económicas.

El tercero de los miembros de la reunión, Percival Broster, soltó algo que se parecía a una carcajada. Era más pequeño que Walter, y de complexión delgada, casi menuda; en cambio, su edad sobrepasaba en no menos de quince años a la del gerente.

—Una muchacha inteligente —comentó—. Si a cada accidente que se produce, con un nuevo invento se resolviera destruirlo y volver a lo de antes, todos andaríamos a pie o a caballo, o nos alumbraríamos con velas, señor Merryck.

Clifford sacudió la cabeza.

—Yo lo considero distinto —opinó—. Esa gente está aterrorizada, y en cierto modo con razón. Si usted hubiera vivido hace cien años, en los comienzos de la aviación, y hubiera visto a un avión rebelarse contra un amigo suyo y deshacerle la cabeza, no hablaría así, Broster.

—Una comparación inadecuada —repuso el ingeniero—. Si yo hubiera visto Lo que usted dice me hubiera vuelto loco, un avión estaba construido para volar, no para accionar con cierta autonomía, y apariencia de autonomía, como estos muñecos. Si

éstos no proceden como se ha calculado, ello puede deberse a varias causas, perfectamente previsibles.

—Una, ciertamente, sería un manejo torpe o inadecuado —admitió Clifford—. Pero también…

—¿Una deficiencia de construcción? —Reacciono Broster.

Clifford comprendió que el ingeniero contenía con dificultad su indignación.

—Exactamente. Puede haber errores. No sería la primera vez que los hubiera, tratándose de nuevos perfeccionamientos técnicos. Sin disminuir su capacidad, naturalmente.

El ingeniero resolló.

—Comprendo que así puede ser —dijo—, pero es muy violento para mí. De cualquier modo, reconozco el peligro de que cunda el pánico, y de que la gente se niegue a comprar un solo robot de los nuestros.

—O aún de los otros —comentó el viejo Merryck.

Hubo una pausa. Merryck hojeó por milésima vez los diarios, algunos de los cuales abundaban en fotografías de la cabeza destrozada del capataz.

—Hay que investigar eso —dijo por fin—. La policía no dejará de hacerlo, y no necesariamente con simpatía para nosotros. Tenemos que hacerlo también, por nuestra cuenta.

—Exactamente —aprobó Clifford—. Es lo que pidió la muchacha. Tenemos la puerta de la granja abierta, y todas las facilidades en nuestra mano para ello.

—Está bien —siguió Merryck—. Que vayan entonces dos personas. Tú, por lo pronto, Walter.

—De acuerdo.

—Y alguien que haga un examen de los robots y de lo que ocurrió, desde el punto de vista técnico. Un ingeniero.

Broster hizo un movimiento para levantarse.

—¿Yo, señor?

—No. A usted lo necesitamos aquí.

—Sería lo más conveniente, señor Merryck —insistió Broster—. Sin jactancia, creo que yo soy el más…

—El más indicado, sí, de acuerdo. Pero después de lo ocurrido, usted tiene que ocuparse especialmente de esa partida que está por ser despachada estos días. No podemos arriesgarnos a otra cosa así,

por ningún motivo. Dean puede servirnos.

Broster insinuó todavía una objeción, pero la mano del presidente del Directorio se agitó, imperativa.

—Haz llamar al ingeniero Dean, Walter.

* * *

Fue la propia Meg Harker quien salió a recibir a los dos visitantes, cuando éstos descendieron del pequeño aparato volador ante la misma cerca de la granja.

Walter Clifford se presentó e hizo lo mismo con su acompañante. El ingeniero Michael Dean era un hombre algo obeso, de cabello canoso, aunque su edad no pasaba de los cuarenta años. Era el elemento técnico en quien más confiaba la empresa, después de Broster.

Meg estrechó la mano de los dos. Por un momento, Walter olvidó todo lo demás para contemplar los deliciosos ojos azules de la joven.

—Mi padre no está —dijo ella—. Ha ido a Atlanta ya se imaginan por qué —agregó con tristeza.

Walter comprendió sin más explicaciones. El granjero había sido citado a declarar sobre lo ocurrido. Desde donde, estaban podía distinguirse el uniforme de un agente de policía de guardia ante una pequeña construcción, sin duda pensó acertadamente Walter, el lugar donde se guardaban los robots.

—Comprendemos, señorita —dijo el joven gerente—. Y lamentamos inmensamente lo ocurrida. Precisamente nuestro deseo es dejarlo todo suficientemente aclarado, a fin de que no queden dudas de nuestra falta de culpabilidad en el asunto.

Ella, los hizo pasar al vestíbulo, y les señaló dos sillas junto a la mesa.

A petición de Walter, con frases breves y precisas, Meg Harker relató la escena de horror ocurrida la noche precedente. La narración correspondía enteramente a las de los diarios, sin las exageraciones de éstos.

Dean intervino.

—¿Está usted segura de que ese robot había sido bien manejado, señorita?

—Absolutamente —afirmó ella—. Hopkins era un hombre inteligente y responsable, que había estudiado a fondo las propias instrucciones de ustedes; tanto, que en los primeros momentos los robots respondieron sin dificultades a sus indicaciones. Fue más tarde cuando…

Dean interrumpió.

—Perdón, señorita: ¿hubo pues, otros inconvenientes con los robots, antes de la catástrofe?

—Sí —admitió la muchacha—. Aunque no graves. —Y narró algunas anécdotas de lo sucedido anteriormente con las máquinas antropomorfas.

Tanto Dean como Walter escucharon, sin interrumpir.

—¿No se ofenden ustedes si les digo que, ya antes de lo ocurrido anoche, esos aparatos habían comenzado a asustarme, señores? Miren.

Llevó la mano a uno de los bolsillos de su blusa y extrajo un pequeño revólver que relució siniestramente a la luz del sol que se filtraba por los visillos.

Walter sonrió, a pesar suyo.

—¿Y qué pensaba hacer con eso contra los robots, señorita Harker?

—No lo sé. Acaso nada. Pero con el arma me parecía sentirme más segura. Tal vez eso que ustedes llamar intuición femenina, acaso la apariencia de seres humanos que tienen esas máquinas me daban miedo.

Dean se puso en pie.

—Si me permite, señorita, vamos a examinar esos muñecos —propuso—. Al menos sabremos si existe alguna falla en el mecanismo; estamos dispuestos a reconocer cualquier error, y a aceptar las consecuencias.

Salieron los dos hombres, en pos de Meg, y se encaminaron al lugar donde se guardaban los robots. Walter exhibió al agente que guardaba la entrada una nota firmada por el jefe de policía en la cual se le autorizaba a examinar los materiales. El hombre se limitó a abrirles paso.

El muñeco principal, el causante directo de lo ocurrido, estaba tirado en el suelo, delante de los otros diez que se alineaban junto a la pared, como soldados grotescamente en guardia.

Sin más comentarios, que sobraban, Dean se inclinó sobre el robot. Las manchas de sangre que había en el puño metálico indicaban con suficiente claridad que era aquél y no otro, el que se debía examinar primero.

Dean destornilló con ayuda de algunas herramientas que sacó del bolsillo, las piezas metálicas que cubrían lo que podía llamarse la caja torácica del muñeco. Después hizo lo misino con la cabeza.

La cara del robot quedó sobre el suelo a un lado. Los dos ojos que en realidad eran pequeñas células fotoeléctricas, permanecieron impávidos, mirando hacia arriba con su mirada estúpida. Meg se estremeció.

—No tema nada, señorita Harker —sonrió Walter—. Ahora estamos nosotros.

—Ya lo sé. Además, ninguno de esos espantajos tiene reservas de energía. Los vaciamos anoche mismo, reuniendo todas nuestras fuerzas morales. No queríamos arriesgarnos a otro… accidente.

Dean continuaba hurgando en el interior del robot. Se levantó por fin, meneando la cabeza.

—No hay nada aquí —dictaminó—. Todo normal, al menos, en cuanto yo puedo afirmarlo. Veamos los otros.

Volvió a armar el robot, rápidamente, y comenzó a examinar otro de ellos.

Repitió la operación, más tarde, con el que seguía, y así con todos.

—Tal vea Broster lograra… —insinuó poniéndose finalmente de pie—. Pero no lo creo. Todo está bien, tal como en los planos, podría jugarme la cabeza. Y los modelos construidos según los planos funcionaban en los ensayos a la perfección; usted lo sabe, Clifford.

Salieron del depósito. El agente de guardia recibió la llave y volvió a cerrar.

—No es sólo por defender a la firma, señorita Harker —dijo Dean mientras se retiraban—, pero le aseguro, bajo mi palabra de honor, que esos robots han sido construidos y entregados de acuerdo en todo con la propaganda que se ha hecho de ellos, que lo ocurrido anoche no es culpa ni negligencia nuestra. Así lo sostendremos y probaremos en el tribunal, cuando se nos cite. Mientras tanto, sólo puedo decirle que las máquinas pueden ser

usadas con confianza siempre que se sigan a conciencia las instrucciones del folleto.

Hizo una pausa y miró a Meg, cuyos ojos eran suficiente respuesta negativa.

—Si usted prefiere, le enviaremos de nuevo un técnico instructor, señorita Harker —sugirió Clifford—. Casi me parece imprescindible, después de lo ocurrido.

Ella sonrió sin alegría.

—Si usted hubiera estado presente anoche —dijo—, tal vez no me propondría eso. ¡Si hubiera visto la cara, los movimientos, la manera de reaccionar del muñeco cuando el pobre Hopkins le arrojó la granada! Yo habría dicho que se trataba de un ser humano… o diabólico —añadió estremeciéndose.

Walter la contempló con simpatía.

—Tiene usted que tranquilizarse, señorita, dormir, por lo pronto. Comprendo que un suceso así es capaz de destrozar los nervios de cualquier mujer. Pero reflexione en que no se trata sino de un artificio mecánico… como una trilladora o un tractor. Nada más.

Se despidieron casi sin más palabras. Al retirarse, Walter experimentó un fuerte deseo de no dejar a la muchacha en aquella granja, en compañía de aquéllos para ella terribles muñecos.

* * *

Robin Harker no regresó a la granja sino dos días después. Había tenido que comparecer, como los peones, a otras tantas audiencias, a declarar ante el jurado.

Para aquella fecha ya había sido retirada la guardia policial dejada ante el depósito de los robots. Un técnico enviado por la policía del distrito había examinado previamente los muñecos mecánicos, sin encontrar tampoco nada que despertara sus sospechas; en realidad, se dijo Meg, sin comprender prácticamente nada del complicadísimo mecanismo de aquellos maniquíes, enteramente superiores a cualquier otro tipo elaborado hasta entonces.

Aunque ya tenía su decisión tomada al respecto, Meg no dejó de vacilar al ver la expresión de firmeza del rostro de su padre.

—¿Cuál fue el veredicto, papá? —inquirió la joven.

El granjero frunció los labios.
—Muerte por accidente —dijo.
—¿No se ha hecho responsable a los fabricantes?
—No.
Involuntariamente, Meg suspiró aliviada, al recordar al joven gerente de la compañía.
El granjero se levantó.
—Eso ya pasó —dijo—. Ahora tenemos que terminar, que impedir la repetición ¿me entiendes?
—¿En qué forma, papá? ¿No usar más robots?
Los muñecos mecánicos, aunque no precisamente los del nuevo tipo, creación de la firma Merryck, habían acabado por hacerse casi imprescindibles para un enorme número de tareas.
—Usar de los otros —aclaró Harker—. De los modelos más seguros, aunque, menos perfectos. No tendrán tanta autonomía, pero tampoco son capaces de matar a un hombre de un puñetazo. Y si me apuras mucho, emplearemos solamente peones. Tus abuelos lo hicieron así, y vivieron felices, Meg.
¿Qué haremos, entonces, con los robots que están en el depósito?
El granjero hurgó en sus bolsillos. Retiró la mano y mostró en la palma ocho o diez cartuchos como cohetes con sus respectivas mechas pero éstas más largas que las comunes.
Meg dio un paso atrás.
—¡Dinamita!
—Sí. Pienso destruir todo eso. Ahora mismo, Meg.
Acompañado de su hija, salió al exterior de la casa. Los cuatro peones conocían ya las intenciones de su patrón. Les siguieron.
Harker abrió la llave del depósito y entró. Detrás de él lo hizo Meg. Un grito de sorpresa se ahogó en los labios de la joven.
—¿Qué es eso?
Fue uno de los peones el que formuló la pregunta. Meg se limitó a señalar la pared de enfrente, contra la cual se alineaban dos días atrás una decena de robots, aparte del otro, el causante de la muerte de Hopkins que yacía en el suelo.
Ahora no había en el depósito más que siete muñecos. Cuatro, incluso el matador de Hopkins, faltaban.
—¡Estaban allí anteayer! —exclamó Meg—. Yo misma los vi.

—Alguien los ha robado —trató de explicar el peón que había hablado primero, de apellido
O'Hara.

Meg negó con firmeza.

—No. El agente, de guardia me entregó la llave hoy a mediodía; Después no se ha acercado nadie a la granja. —Dio un paso hacia adentro del depósito y señaló con el brazo—. ¡Miren ustedes!

En una de las paredes del depósito había una ventana, y en ésta varias barras de hierro como protección contra presuntos merodeadores.

El vidrio de la ventana estaba roto. Dos de los barbotes estaban arrancados de sus alveolos en la parte superior. Colgaban, retorcidos como por las manos de un cíclope, dejando libre un claro por donde podía pasar el cuerpo de un hombre… o de un robot.

—Se han ido. ¡Oh, Dios, se han ido! —exclamó Meg al borde de la histeria—. ¡Les quitamos el combustible atómico, no podían moverse… y se han fugado a pesar de ello!

—Cálmate, Meg. —Harker se esforzaba por tranquilizar a su hija, cuando él mismo habría necesitado que le sosegaran—. Los han robado. No pudieron irse por sí mismos.

—¡Tal vez no los limpiamos bien de la mezcla uránica, papá! ¡Quedó algo en el depósito, y lo han utilizado para escapar!

Harker se pasó la mano por la frente.

—Aunque tuvieran combustible, Meg, no pudieron hacerlo solos. Sería pensar una locura. ¿Quién pudo ponerlos en marcha?

—¡Lo mismo que les hizo incendiar el granero, y matar a Hopkins! ¡Ellos mismos! ¡Ellos mismos, que razonan y piensan, como caricaturas de hombres que son! —Hizo una pausa—. Si esto sigue creo que voy a volverme loca, papá. Comprendo que estos espantajos no son sino metal inerte, pero la imaginación puede conmigo. ¿Qué hacemos ahora?

Harker se encogió de hombros. Mostró los cartuchos de dinamita que no había dejado de la mano.

—Terminaremos pronto —concluyó fríamente—. Ayudadme a sacar afuera estos maniquíes, muchachos.

Entre él y los peones sacaron del depósito, uno a uno, los siete robots que quedaban.

Los extendieron en el suelo, a regular distancia de la casilla,

como de cualquier otro objeto que pudiera dañarse con la explosión. Harker preparó las mechas con cuidado, junco todos los extremos en uno y encendió éste con la brasa de un cigarrillo que le pasó uno de los peones.

La pequeña columna de humo corrió velozmente, no tardó en separarse en otras siete, tantas como robots destinados a abrirse, reventados por la explosión.

—Es una verdadera lástima —murmuró el peón
O’Hara
—. Podrían obtenerse unos buenos dólares por esos muñecos, en lugar de volarlos. ¡Lástima de dinero!

La carga estaba bien calculada; era suficiente para destruir los muñecos sin causar perjuicios. El primero de los robots estalló con un ronco crujido, abriéndose como una lata de conservas; fragmentos de sus miembros y mecanismos se alzaron hasta diez pies del suelo.

El estallido de los otros cartuchos siguió casi simultáneamente, atronador.

Una rueda de acero de unas seis pulgadas de diámetro cayó cerca, de la cabeza de Meg, a punto de lastimar a la muchacha. Pero ésta no reparó en ese detalle. Se levantó de donde estaba echada, con el rostro muy pálido. Señaló hacia el lugar donde había estado uno de los robots, que ahora no era sino un montón de metales informes, retorcidos.

Tenía los ojos abiertos por el terror.

—¡Se movió, papá! —gimió casi—. ¡Yo lo vi! ¡Antes de que la llama de la mecha llegara a él, se agitó, como si tratara de escapar! ¡Como si entendiera lo que ocurría!

Harker le puso una mano en el hombro, tratando de tranquilizarla.

—Tienes que olvidar ahora esos fantoches, hija —repuso—. De lo contrario nos volveremos locos todos.

—¡No es eso! —insistió Meg, comprendiendo el sentido de la respuesta—. ¡No fue una ilusión mía! ¡Lo vi como te estoy viendo a ti ahora!

Hubo un silencio.
O’Hara
miró a su patrón a los ojos. Ninguno de los dos dijo nada, para no

asustar más de lo que lo estaba a la muchacha.

Pero el peón sabía que Meg tenía razón. Se metió las manos en los bolsillos, con afectada despreocupación, y en realidad para que no vieran que temblaba.

Capítulo III

LA Venganza de los Robots



lifford regresó con Dean a Atlanta en un estado de espíritu que a él misino le resultaba singular. Se sentía nervioso, a pesar del informe tranquilizador del ingeniero, cuya capacidad estaba por encima de toda duda. Acaso, se dijo, porque aquella muchacha, Meg Harker, le había interesado demasiado para una primera entrevista.

Logró contenerse dos días sin tomar el radioteléfono e intentar comunicarse con la granja, con el pretexto —no se le ocultaba al propio Clifford que era un pretexto— de preguntar si se había producido alguna novedad en el desagradable asunto de los robots.

Pero al tercer día se decidió.

Experimentó una sensación de alegría cuando la pequeña pantalla se iluminó, y la voz de Meg, seguida por la imagen de su rostro llegó a través del éter.

—¿Alguna novedad, señorita? —inquirió, después de las obligadas frases de saludo y disculpa.

Aun en aquellas condiciones notó que la muchacha estaba pálida. Hasta parecía más delgada que la primera vez que él la había visto.

Ella vaciló. En realidad, no se atrevía a decir que su padre había destruido los robots. Sabía que esto tendría que ofender al joven.

—Por ahora no —dijo—. Gracias a Dios, todo sigue lo mismo en la granja.

—¿Y los otros robots? ¿Trabajan normalmente?

—No. Por ahora no los usamos.

—Supongo que se habrá tranquilizado un poco —dijo él, tratando de dar un tono menos protocolario y más íntimo a la conversación—. Lo que ocurrió fue terriblemente lamentable, pero…

Calló, porque la expresión del rostro que le miraba desde la pantalla había cambiado: ahora era de alarma.

—¡Señorita Harker! —exclamó Walter—. ¿Qué pasa?

—Un momento, señor Clifford —dijo ella—. Me llama mi padre. Parece algo urgente. Discúlpeme.

La imagen desapareció de la pantalla. Walter espero, impaciente.

Dos minutos… tres… cinco. Clifford agitó la palanca de llamada, discretamente.

Oyó ruidos eh el auricular, pero no la voz de la muchacha. Era algo como golpes, sordos primero, luego con una vibración metálica.

De pronto, la imagen de Meg volvió a aparecer en el aparato, aumentando de tamaño rápidamente a medida que la muchacha se aproximaba al trasmisor. Pero el rostro no llegó a verse del tamaño ordinario. Se agitó, como un reflejo en el agua, luego se deshizo en pandas horizontales vibrátiles hasta desaparecer del todo.

—¡Señorita Harker! —gritó ahora Clifford.

La pantalla permaneció iluminada, pero en blanco. Y el auricular silencioso.

Clifford abandonó su oficina sin perder el tiempo en explicaciones. Con toda la prisa que pudo subió a la azotea del edificio Merryck donde lo aguardaba su pequeño avión reactor.

* * *

La granja de Harker formaba parte de un grupo de varias cuyos dueños habían aprovechado las excelentes tierras de la zona para combinarlas con los modernos métodos de agricultura acelerada.

En la larde que siguió al regreso de Harker, uno de los vecinos llegó al establecimiento, tripulando su pequeño y anticuado helicóptero.

Desde la ventana de la cocina, Meg le vio conversar con su padre, pero no alcanzó a oír lo que decían. No se le ocultó la expresión de alarma del viejo Harker.

Al granjero no le faltaba razón para preocuparse. Su colega, un tal Carruthers, también estaba muy nervioso.

Las noticias que traía eran desagradables. En dos de los depósitos destinados a la guarda de materiales, uno perteneciente al establecimiento de Carruthers y el segundo a otro de los vecinos, habían desaparecido durante la noche una regular cantidad de robots marca Merryck. Ocho en una granja y cuatro en otra: doce, en total.

La expresión de Carruthers se agrió aún más al oír pronunciar a su vecino la palabra «robo».

—¿Robo? —repitió, con el rostro contraído y pálido—. Si yo pensara eso no habría venido a prevenirlo, Harker.

—¿Entonces…? —replicó Harker—. Aquí también robaron algunos de esos muñecos, la otra noche, Carruthers.

El otro se encogió de hombros. Era un coloso que pasaba con mucho de los cincuenta años. Fumó nerviosamente.

—En fin, si usted cree eso… Lamento haberlo molestado, Harker.

Dio la vuelta dirigiéndose hacia su helicóptero. Harker lo sujetó por la manga.

—Un momento, amigo. Discúlpeme. Estas cosas nos están trastornando a todos. ¿Qué interpretación da usted al hecho?

—La misma que usted, Harker. ¿Cree que soy tonto? Lo mismo que usted imaginó cuando desaparecieron los suyos: que no los ha robado nadie, «que se han ido».

—¿Ido? Palabra, Carruthers, yo también pensé eso. Pero no es posible. ¡Eso querría decir que tales robots tienen inteligencia!

—Tanto no, Harker. —Carruthers volvió a fumar con ansia—. La inteligencia la da Dios, no Merryck. Pero sí… no sé, tal vez se les ha ido la mano a los fabricantes. Y no es una perspectiva agradable, si recordamos lo que hizo la otra noche uno de los suyos. ¿Se da cuenta? A estas horas andan no menos de dieciséis robots sueltos por los alrededores, robots sin control, «locos», ¿me entiende?

Harker recordó la forma en que había muerto su capataz. Se estremeció.

—No tengo tiempo de hablar más, Harker —condujo Carruthers —. Somos varios los que andamos recorriendo la zona, avisando a los amigos y de paso examinando los alrededores, en busca de esos monstruos. Hasta luego.

Harker lo despidió mientras el otro levantaba el vuelo, y regresó a la casa. Trató de rehuir las preguntas de Meg, fingiendo una despreocupación que no sentía.

Oscurecía ya, cuando la chicharra de uno de los dos aparatos telefónicos con que contaba la granja sonó insistente.

Harker tomó la delantera y fue a atenderlo.

Un momento más tarde, Meg vio que el viejo conversaba con uno de los peones. El gesto de ambos era grave.

El segundo de los aparatos telefónicos llamó entonces. Meg se precipitó a él, precediendo a su padre. Un gran alivio se pintó en sus facciones cuando distinguió la cara que se reflejaba en la pantalla: era la de Walter Clifford.

Sintió que todo su sistema nervioso, tenso por la agitación de los últimos días, se suavizaba al conversar con el joven ingeniero. Por unos instantes se olvidó de sus preocupaciones.

De pronto sintió en la habitación contigua la voz de su padre, urgente y perentoria:

—¡Meg! ¡Pronto, Meg!

Se disculpó con Clifford y acudió.

—¿Qué pasa, papá?

—Hay que irse de aquí, pronto, Meg. Ahora mismo…

—¿Qué? —La joven no podía creer que su padre estuviera diciendo aquello.

—Acaban de asaltar la granja de Smithson, Meg. Incendiaron la casa y mataron a la familia. No eran hombres. Uno de los peones escapó y llevó la noticia. Hay dieciséis robots sueltos por las

inmediaciones. ¿Comprendes, Meg?

No se necesitaba respuesta. Meg comprendía. Su corazón le había estado anunciando algo parecido, desde días atrás.

—¿Adonde iremos? —dijo.

—A cualquier parte. Los peones vendrán con nosotros. No podemos pensar en luchar con ellos, con seres de acero, que piensan… —Se estremeció— y en la noche.

—¿Ahora mismo?

—Ahora. Mañana se tratará de bombardearlos, si se los localiza, desde helicópteros. Ahora no hay defensa.

Meg se había olvidado, por un instante, de que, estaba en comunicación telefónica con Walter Clifford. Lo recordó en aquel momento. Sin otras palabras, regresó a la habitación donde se encontraba el aparato. Sería, un alivio, al menos, poder confiar al ingeniero del establecimiento Merryck lo que ocurría. Se acercó al aparato a toda prisa.

Pero de pronto vio que la cara de Clifford desaparecía de la pantalla.

Tomó el auricular y llamó:

—¡Señor Clifford!

Y no tuvo tiempo de decir más.

Un crujido, tremendamente fuerte, luego una serie de ellos, como estampidos de petardos, llegaron a través de las paredes de la casa. Y la voz de su padre:

—¡Vamos, por Dios, Meg!

Todavía intentó la joven tomar el auricular, pedir socorro. Pero comprendió que el aparato no funcionaba.

—¡Meg! ¡Deja eso! ¡No funciona! ¡Han hecho volar los generadores! ¡Están atacando la granja, Meg! ¡Son los robots!

La muchacha retrocedió, hacia el patio. Su padre estaba allí, con un rifle en las manos, una de las poderosas armas de fuerza atómica que Harker había comprado al establecerse, por pura precaución, sin imaginar que algún día habría ocasión de utilizarlas.

—¡Escapa, pronto Meg! ¡Por allí, muchacha!

Meg reconoció que su padre era hombre entero. Había hablado de huir, pero cuando llegaba el momento, no se decidía a hacerlo sin lucha.

Miró hacia las instalaciones destinadas a los animales y vio otra

vez el espectáculo que ya conocía: las llamas con que comenzaba el incendio.

Y vio algo más: tres o cuatro siluetas que se movían de un lado a otro, con forma grotescamente humana.

—¡Allí están! ¡Míralos!

Los tres peones se acercaron, corriendo. Cada uno asía un rifle.

—¡Han destruido el transmisor! —exclamó uno—. ¡Han puesto en fuga a los animales! —Miró a la muchacha y añadió—. ¿Qué hace usted aquí, señorita Meg?

—No me voy —dijo ella firmemente—. Si ustedes pelean, peleo yo. Puedo manejar un rifle.

Harker insistió todavía, pero no había tiempo de discutir. Uno de los peones hizo fuego apuntando a aquellas siluetas confusas que se distinguían intermitentemente contra el fuego.

—¡Fuego todos! Rugió el granjero.

Alguien alcanzó en la oscuridad un rifle a Meg. La muchacha lo tomó y lo amartilló. Se había refugiado tras un ángulo de la pared, mientras los otros tomaban posiciones, uno tras un árbol y otros directamente echados en el suelo.

Meg hizo fuego. Nunca supo si había sido su propio tiro o uno de los otros, pero lo cierto fue que una de aquellas gigantescas figuras osciló y cayó.

—¡Hurra! —exclamó Harker—. Le hemos dado a uno. ¡No son invulnerables!

—Por cierto que no, señor —repuso un peón, llamado Gray—. Si la bala le da de plano, no pueden serlo. Pero las desvían fácilmente si dan al sesgo. Con todo…

¡Bañg!

Una fuerte explosión sacudió el aire de la granja, haciendo tambalear y casi caer a la muchacha. Una nueva llamarada se elevó a lo lejos y una serie de dolorosos gemidos la siguieron.

—¡Los establos! —exclamó Gray—. ¡Han hecho volar los establos!

El fuego de los rifles atómicos redobló. Meg hubiera podido jurar que vio caer otro de aquellos monstruos, pero los demás no confirmaron su opinión. En cambio ocurrió algo con lo que ninguno de los tiradores, aunque por rutina había tomado posiciones de combate, había contado.

Tres nuevas explosiones sonaron a lo lejos, y esta vez, claramente, detonaciones de rifle, del mismo tipo que los usados por ellos.

Los proyectiles silbaron y se estrellaron en el suelo o en la pared, uno de ellos peligrosamente próximo a la muchacha.

—¡Están tirando! —exclamó Harker. Lo increíble se multiplicaba a la vista de los cinco seres humanos—. ¡Oh, Señor! ¡Apuntan y tiran, como nosotros!

Sus palabras recibieron confirmación instantánea. Uno de los peones, llamado Stevens, levantó los brazos soltando el rifle atómico y se desplomó con un quejido.

Una mirada bastó a Harker para comprender que el hombre estaba muerto.

—¡No podremos sostenernos, muchachos! —exclamó el granjero —. ¡Sí ellos tiran, no podemos resistir! ¡Tenemos que irnos!

Otra granizada de balas llegó, procedente de loe fantasmagóricos enemigos. Gray dio unos pasos de macabro baile y cayó también.

—¡Atrás, todos! —ordenó Harker—. ¡A dispersarse!

Era tarde. Un pelotón de grotescas siluetas avanzaba hacia ellos, abriendo filas, como en una carga a la bayoneta.

Meg sintió que sus rodillas se aflojaban, pero buscó la mano de su padre, para no separarse, para salvarse o caer con él.

—¡Busquemos refugio en la oscuridad! ¡No podrán vernos!

Era noche muy cerrada ya, y no había luna. Varios macizos de ligustros cerraban el paso, detrás de ellos, formando algunos adornos cerca de la casa. Retrocedieron hacia allí.

Un terrible ruido de pisadas avanzaba tras ellos.

De pronto, Meg tropezó con algún obstáculo invisible y cayó. En el ímpetu de la carrera, su padre se alejó algunos pasos. Meg lo perdió de vista en las sombras.

—¡Papá! —clamó.

No oyó la respuesta, porque el estruendo de las pisadas metálicas que los perseguían se hizo más intenso. Los robots estaban sobre ellos.

Meg alcanzó a distinguir una vez más la silueta de su padre, precisamente en el instante en que un robot le descargaba sobre la cabeza, con terrorífica fuerza, la culata de un rifle atómico.

Meg se acurrucó, temblando, en el rincón donde se había refugiado, detrás de un ligustro. Sabía bien que su padre no necesitaba ya ayuda en este mundo.

Oyó un gemido, y otro golpe, que sin duda correspondió esta vez al cráneo del peón que aún quedaba vivo.

Apenas reunió fuerzas se alejó, como pudo, pulgada tras pulgada, tratando de no producir el menor ruido.

Algo más lejos miró hacia atrás y alcanzó a ver los resplandores de las linternas eléctricas con que los infernales muñecos escudriñaban por entre las hierbas, buscando la víctima que todavía les faltaba matar.

Y corrió. Corrió cuanto pudo, hasta que perdió el equilibrio en una irregularidad del terreno y volvió a caer. Esta vez golpeó con la cabeza contra algo: un tronco caído o una piedra. Se desmayó y ya no supo más.

* * *

Meg abrió los ojos cuando ya era casi de día.

Comprendió que había pasado directamente del desmayo al sueño natural, producto del cansancio y del agotamiento.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo al recordar los terribles, los inauditos sucesos de la noche anterior.

Entonces vio que sobre su rostro se inclinaban dos cabezas masculinas: una era de Carruthers, la otra, de Walter Clifford.

Miró la cabeza y miró a un lado: a pocos pasos se encontraban, posados sobre la hierba, el helicóptero de Carruthers y un pequeño avión reactor que ella no conocía.

—¿Está viva, muchacha? —exclamó Carruthers—. ¡Gracias al cielo! Era usted la única que nos faltaba encontrar. Hemos estado buscándola desde hace horas. El señor Clifford fue quien dio la alarma, Meg.

Walter calló, mortificado. No había perdido un segundo desde el momento en que advirtió en la pantalla del teléfono que algo raro ocurría en la granja. Había llegado en su avión reactor, a toda marcha. Pero ya era tarde, sólo encontró ruinas incendiadas, y algunos muertos. Y alguien que faltaba, a quien habían buscado con ayuda de los vecinos, desde el suelo y el aire.

Volvió su atención a la muchacha.

—Venga —dijo—. Lo primero que necesita es atención médica, Meg.

—¿Y los robots?

—Se han ido. Dos de ellos quedaron destruidos, en su granja. Pero deje eso ahora.

—¡Mi padre! —gimió ella—. ¡Mi padre! ¡Y Gray, y los otros!

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

Sin responder, los dos hombres la ayudaron a levantarse, y a subir al pequeño avión.

Meg cerró los ojos, mientras el avión despegaba. Le parecía volver a ver la silueta inconfundible del monstruo metálico que había dado muerte a su padre. Lo hubiera reconocido entre mil: era algo más grande que los otros, el número máximo de los que fabricaba la casa Merryck; ninguna de las granjas vecinas había comprado robots de ese número. Era el mismo que había incendiado tres días antes el granero, y macado de un puñetazo al capataz Hopkins.

—Walter —dijo mientras la acomodaban en el asiento, sin advertir que estaba tratando a Clifford como si no fuera casi un desconocido—, han venido a vengarse. No son muñecos. Son…

Se interrumpió.

—Son unas placas de hierro, descompuestas —murmuró Walter, pero sintiendo que su convicción flaqueaba.

Capítulo IV

Espartaco



o ha encontrado usted nada, Broster?

En absoluto, señor Merryck.

—¿Y usted, Dean?

—Tampoco.

Eran las preguntas que se venían repitiendo casi a cada hora en el despacho central de la Merryck Corporation.

El viejo Merryck tenía ya materialmente hartos a los dos ingenieros principales de la firma. A ellos y a todos los demás. Todos eran interrogados y presionados hora a hora, en los esfuerzos por descubrir las presuntas fallas que podían causar aquellas aberraciones en los mecanismos de los robots.

Walter visitó una y otra vez los depósitos, donde los muñecos recién fabricados se alineaban junto a las paredes. Conocía a la

perfección la serie de signos verbales, un tanto complicados, con que se manejaban aquellas máquinas.

—Siéntate —ordenaba, y el robot cumplía instantáneamente la orden.

—¿Ve usted? —decía Broster.

—Levántate. Vuelta a la derecha. Vuelta a la izquierda. Dos pasos al frente.

Ninguna dificultad. Los robots lustraban un piso de madera, limpiaban una ventana, servían el té, daban cuerda a un reloj. Algunos, del modelo más caro, eran capaces de escribir una carta a máquina, al dictado. Y con la mayor docilidad, sin que dieran la menor impresión de peligro.

—Como se ponen peligrosos fuera de la fábrica —comento Walter—. ¿Entiende usted esto, Broster?

—Ya le he dicho que no, Clifford. No lo entiendo.

Pero no bastaba con no entender. La gerencia del establecimiento había, sido abrumada de notas oficiales; una nube de inspectores invadió las instalaciones, revisándolo todo, sin encontrar nada.

Los diarios inundaban la mesa de Merryck. Uno de ellos pedía, en grandes titulares, que fuera clausurada la fábrica.

—Quieren dinero —comentó Clifford con un gesto de asco—. Conozco a esos bichos. Es una extorsión lo que se proponen.

—Ya lo sé —dijo el viejo—. No les daré un céntimo. Pero no necesitarán muchos esfuerzos para arruinarnos, si se produce otra vez el menor inconveniente con un muñeco, nos liquidan.

—Así es, tío. ¿Pero qué podemos hacer?

—¡Echad a Broster! ¡Echad a Dean! ¡Buscad a media docena de ingenieros jóvenes e inteligentes! ¡Haced eso!

Se había puesto de pie, con los puños en alto. De pronto se dejó caer en su sillón.

—No sé —dijo agarrándose la cabeza—. Pronto estaremos todos locos. Locos como un robot de Broster. Déjame ahora, Walter.

Walter se alejó. En verdad, se dijo, el viejo no exageraba nada.

Las ventas estaban a cero. Algunos de los compradores habían llegado hasta a destruir sus aparatos, quitándoles las piezas vitales. No eran muchos los que seguían empleándolos en tareas agrícolas o urbanas.

Hasta los robots de modelo más anticuado, que sólo obedecían a llaves mecánicas y no a órdenes directas, de viva voz, como los de Merryck, estaban siendo empleados con gran recelo.

Walter se alejó de la fábrica, con intención de dar un paseo y distraerse. Buscó su pequeño aeroplano de reacción, y casi automáticamente lo enfiló hacia Atlanta, distante diez millas de la fábrica. Una vez en el suelo, se encaminó directamente al sanatorio donde se encontraba internada Meg Harker.

Hacía tres días que la joven estaba allí, reponiéndose del *shock* que había sobrevenido al golpe y a las terribles impresiones de la noche trágica.

Walter estaba ya frente a la puerta del sanatorio cuando oyó vocear las noticias a un vendedor de diarios.

El corazón se le oprimió al oír lo que el muchacho gritaba. Por un momento, al acordarse de Meg Harker, se había sentido otra vez optimista, había creído que aquello pasaría, que los robots y la Merryck Corporation, que constituían todas sus fuentes de recursos, volverían a funcionar normalmente. Ahora…

Llamó al vendedor y pidió ansiosamente un periódico;

* * *

Martín Carruthers no permaneció ocioso cuando hubo terminado con la penosa tarea de recoger a las víctimas del atroz ataque que había costado la vida a su colega Harker y a tres de sus peones, sin contar con el otro que ya había fallecido algunos días antes.

Lo ocurrido era demasiado trágico para que el granjero, a pesar de su temperamento pacífico, permaneciera mano sobre mano, esperando a que se repitiera una sorpresa como aquélla.

Había visto, o casi visto, algo que sobrepasaba su credulidad: unos muñecos, obrando, y lo que era aún peor, sintiendo —al menos según todas las apariencias— como seres humanos. Hasta parecía que habían atacado la granja de Harker y matado a su dueño como venganza por la destrucción de sus congéneres, días antes, a manos del granjero.

Carruthers comenzó por destruir sus propios robots. No lo hizo con el método expeditivo, pero demasiado estruendoso, de Harker. Tampoco se limitó a desarmar las piezas vitales, dejando lo demás

intacto. En cambio, abrió los muñecos por el pecho y vientre, destornillando sus soportes, y deshizo concienzudamente, a martillazos, todas las piezas principales de los mecanismos.

Después, aquella misma mañana, volvió a subir a su helicóptero, el mismo en que había descendido junto a Meg unas horas antes, y emprendió el vuelo. Su plan era recorrer todas las granjas y casas de la región, tratando de convencer a los dueños de que destruyeran aquellos terribles maniquíes.

Pero no encontró el apoyo que esperaba. Lejos de impulsarlos a destruir los robots, el relato de lo ocurrido sólo sirvió para despertar el temor supersticioso de los dueños. Acaso, se dijo Carruthers influyera también la avaricia. Lo cierto fue que los dos primeros propietarios de robots a quienes visitó se negaron a destruir sus autómatas.

En la tercera casa le esperaba algo más. El dueño, un irlandés llamado
O'Connor,
lo condujo a la puerta de la habitación que le servía como depósito de materiales y le hizo ver el interior.

—Mire usted —dijo—. No tengo ya ningún robot. Desaparecieron anoche.

Carruthers se mordió los labios.

—¿Más fugas? = —dijo.

Era la tercera casa en que había notado la falta de robots en aquellos días.

—¿Cuántos le faltaron? —inquirió.

—Cinco.

—¿Supone que los han robado?

—No lo sé —dijo el otro, pero claramente se veía que estaba seguro de lo contrario.

Carruthers lo miró fijamente en los ojos.

—¿No cree usted… ustedes, que, es hora de hacer algo, de intentar alguna defensa contra esos bichos?
O'Connor
retrocedió un paso.

—¿Meternos con ellos? ¿Después de todo lo que hemos visto? ¿Piensa usted que sería prudente, Carruthers?

El granjero no respondió. Hizo un simple ademán de despedida

y retrocedió hacia la puerta.

Volvió a subir en su helicóptero y se dirigió, a ras del suelo, hacia otro de los establecimientos de campo próximos. Se sentía desanimado por la cobardía de sus colegas y vecinos, y con deseos de abandonar él también toda lucha. Pero el recuerdo de la granja de Harker y su temperamento de luchador lo mantenían en el sendero de la, guerra a pesar de todo.

A media milla de distancia distinguió la figura de un motociclista que avanzaba por el camino en una de las pocas máquinas de ese tipo que quedaban en uso.

Una segunda mirada le advirtió algo más: el piloto de la anticuada máquina no era precisamente un hombre. El sol de la tarde relucía sobre su caparazón metálico.

Con una brusca maniobra, Carruthers hizo posar el helicóptero en medio del camino. Tenía a bordo un rifle: lo apuntó hacia el robot que conducía la motocicleta. Esperó a que la distancia fuera menor y gritó:

—¡Alto!

Era la palabra que servía para detener en el sitio a los robots, de cualquier marca. Carruthers, experimentó un momento da pánico cuando el muñeco siguió avanzando, imperturbable. Pero sólo fue por espacio de unas yardas; luego la máquina frenó suavemente.

Sin abandonar el rifle atómico, Carruthers se acercó al muñeco. Se trataba de un Merryck. El granjero conocía bien las claves para manejarlos. Le ordenó que bajara y luego que se echara en el suelo.

Sin ninguna muestra de resistencia, el robot obedeció.

Con las herramientas que llevaba en el helicóptero, Carruthers lo destornilló rápidamente. El tacón de su beta le sirvió para destruir, con media docena de feroces patadas, las principales piezas, precisamente las más frágiles, del mecanismo, dejando a éste inutilizado.

Al menos así lo creyó Carruthers.

El granjero dejó el robot y la motocicleta abandonados a un lado del camino y se volvió hacia su helicóptero para seguir la marcha.

Advirtió entonces un segundo vehículo que se acercaba a toda velocidad por la carretera. Era un camión. La experiencia de un minuto antes le permitió a Carruthers sospechar de la clase de conductor qué manejaba el segundo vehículo. Una mirada más

atenta le aseguró que éste también era un robot.

Envalentonado por su anterior experiencia, Carruthers se irguió en medio del camino, con los brazos en alto, en uno de los cuales sostenía el riñe.

—¡Alto!

Una reacción puramente instintiva lo salvo a último momento de ser atropellado por la feroz acelerada del vehículo. El granjero saltó a un lado, mientras el camión pasaba rozándolo, arrastrándolo casi.

Carruthers no se detuvo a pensar. Encaró el riñe con toda la prisa posible, e hizo fuego.

Apuntó a los neumáticos. Era lo único útil, pues la figura del conductor no se veía por la parte trasera.

¡Bang!

La detonación del neumático siguió a la del rifle, y después un largo silbido. El camión osciló peligrosamente y siguió avanzando por la carretera de macadán.

Carruthers hizo fuego otra vez, ahora hacia el pescante.

Vio que el camión, que avanzaba dificultosamente, torcía la dirección, hacia el costado del camino. Con terrible estruendo, el coche dio un salto y cayó en la cuneta.

Una explosión y una llamarada siguieron. El tanque de la gasolina había explotado.

Pero a Carruthers sólo le preocupaban los robots.

Entonces vio a uno de los muñecos mecánicos salir de los restos incendiados del coche. El muñeco se enderezó, tambaleándose; presentaba una gran abolladura en un lado del cuerpo; era posible también que uno de los tiros de Carruthers lo hubiera afectado.

Y avanzó hacia el granjero.

Carruthers permaneció un segundo paralizado. Luego alzó el rifle y apuntó a la cabeza del muñeco.

Hizo fuego. Vio cómo uno de los ojos —células fotoeléctricas— del monstruo volaba, arrastrado por el poderoso impacto.

Pero el robot siguió avanzando. Trepaba por el borde de la cuneta, con su andar dificultoso, pero con los brazos tendidos hacia Carruthers El granjero sintió el impulsó casi incontrolable de huir.

Más se contuvo. Ayuntó otra vez, ahora al pecho, donde sabía que existían válvulas delicadas cuya ruptura detendría el mecanismo… si era que la bala daba de frente y penetraba aquella

coraza.

Sólo la lentitud de los movimientos del monstruo, después de la Providencia, salvó a Carruthers. El tiro salió a boca de jarro, penetrando por la coraza. Algo se deshizo en el interior, y el robot cayó.

Carruthers se secó el sudor de la frente, pero no permaneció ocioso. Destornilló el muñeco caído y rompió a conciencia cuantas piezas pudo en el interior.

Todavía echó un vistazo al interior del camión, que seguía ardiendo, para examinar su contenido: se trataba de cajas de madera, que Carruthers reconoció a simple vista. Llevaban la marca de Merryck.

Aún más: una de las cajas se había abierto y su contenido estaba esparcido por el suelo: eran paquetes del combustible atómico preparado por Merryck, el único que consumían sus robots.

Carruthers siguió vuelo en el helicóptero. No pensó, ahora en visitar a ningún vecino, sino al «*sheriff*» del condado.

Todavía le esperaba algo más que ver, aquella tarde.

El helicóptero volaba a baja altura, pero por precaución después de lo ocurrido, no tan bajo como un rato antes.

Media milla más lejos distinguió el granjero algo que bullía entre los postes altos.

Miró mejor: no eran animales, como había creído en el primer momento. Los ominosos reflejos metálicos no permitían dudar.

Contó ocho, diez, doce robots. Marchaban a pie, juntos, por entre los pastos, hacia el sudeste.

Carruthers tomó el rifle, pero no tuvo tiempo de usarlo. Como si presintieran que del helicóptero podía provenir algún peligro, los robots se habían dispersado, confundiéndose con las matas.

El granjero miró en dirección a la ciudad. Otros tres robots, claramente identificables por sus reflejos, venían desde allí, pero al ver el helicóptero dieron media vuelta y huyeron.

Carruthers no dudó ya más. Cualesquiera que fueran las causas, una cosa era cierta: los robots se habían sublevado.

* * *

El jefe de policía de Atlanta miró con cortesía, pero sin excesiva

cordialidad, a sus dos visitantes.

—Siento haber tenido que disponer eso, señores. Creo que no escapará a su inteligencia que no puede permitirse la fabricación de un robot más, de ninguna clase, con lo que está ocurriendo.

Walter Clifford y el ingeniero Broster contemplaron al jefe en silencio. En verdad, era difícil encontrar argumentos contra aquello.

—Naturalmente, ustedes tendrán a su disposición las vías legales para pedir que se revoque la medida, y a ellas me atengo. La situación merece ya llamarse trágica, señores.

El jefe era un hombre de unos cincuenta años, canoso, de cara congestionada. Se llamaba John Dalton. Tenía en la mano un diario, que arrugaba nerviosamente. Clifford y Broster no necesitaban leer ningún periódico para saber lo que pasaba y que era conocido ya, más que en el Estado y en la Unión, en todo el mundo.

Habían ocurrido nuevos choques con los robots. Ya no en Georgia, sino en Louisiana, tres de ellos habían dado muerte a su dueño. Otros, muchos ya, habían desaparecido de las casas de sus propietarios, en algunos casos causando destrozos para escapar, y aun hiriendo a gente.

Eso sin contar lo que había narrado el granjero Carruthers, y que figuraba en primera plana. La presencia de robots en libertad, deambulando por los campos, era una gravísima alarma para la población. La policía había intentado ocultar ese hecho, sin éxito.

Ya no se podía engañar a nadie haciéndole creer que lo que ocurría con los robots eran accidentes aislados, aunque fueran muchos. La sensación de que los muñecos sublevados actuaban en conjunto, de que se trataba de una conjuración, había corrido por el público, infundiendo pavor en los sistemas nerviosos más equilibrados.

Casi la totalidad de los propietarios de autómatas los habían destruido, de un modo u otro. Es decir, aquellos propietarios cuyos robots no se habían escapado durante la noche anterior.

—Les he citado para solicitarles su colaboración, señores —siguió hablando Dalton—. Son ustedes quienes mejor conocen a esas máquinas. Son también los más interesados, y quiero decir —corrigió—, desde el punto de vista comercial, en que esta inexplicable situación tenga un fin.

—Por nuestra parte no deseamos sino colaborar, señor —repuso

Walter—. Crea, usted que no es sólo un deseo comercial lo que nos anima. El ingeniero Broster…

—He oído hablar del ingeniero Broster. —Dalton inclinó levemente la cabeza—. Sé que es el hombre más competente en la materia, no sólo en la Unión, sino en todo el mundo.

Broster agradeció el cumplido, que indudablemente. —Walter conocía bien al ingeniero— no dejaba: de llegarle a las telas del corazón.

—¿Y en qué podemos ayudar nosotros a la policía —dijo—, aparte de lo que ya estamos haciendo? Es decir, investigando con nuestra limitada capacidad, que el señor jefe exagera algo, en la búsqueda de las causas de esta catástrofe.

El jefe se frotó la mejilla, perplejo.

—No lo sé —repuso—. A decir verdad, no sé una palabra de todo esto. Mis antepasados, como jefes de policía, lucharon contra los pieles rojas, o el Ku Klux Klan, o los gangsters. O aun contra los búfalos y los pumas. Todos eran seres de carne y hueso, si no humanos. Pero esto es demasiado para mí: luchar contra muñecos de acero.

Hizo una pausa.

—Estamos investigando y buscando a esos seres con todas las fuerzas de que disponemos. Se los busca por el campo en aviones y helicópteros, para sorprender posibles concentraciones como las que denuncio ese granjero del noroeste, ese Carruthers Pero hasta ahora no logramos nada. Desde ayer parece que a todos los muñecos se los ha tragado la tierra. Están emboscados, Dios sabe dónde. Creo que es una guerra de guerrillas lo que preparan.

Walter se levantó a medias en su silla.

—Le ruego, señor jefe… —insinuó—. Recuerde usted que se trata de muñecos mecánicos. Hablar de guerra…

—¿No la ha habido ya, parcial al menos? ¿O sigue considerando usted accidentes aislados todo eso?

Señaló el diario. Walter no respondió.

—¿Cómo se comportan los robots depositados en la fábrica, señor Clifford? ¿No se ha producido novedad alguna entre ellos?

Walter miró a Broster, invitándolo a contestar por él.

—Ninguna, señor jefe. Anoche les hemos destornillado algunas piezas, como medida de precaución. Por lo demás, carecen de

combustible, como nuevos que son.

—No es todo —el jefe frunció los labios con escepticismo—. No pocos de los robots desaparecidos, que son muchos, se encontraban también sin combustible. Sólo puede explicarse de un modo.

Walter esperó la respuesta, que era lógicamente evidente.

—Los mismos robots aprovisionan a sus cofrades —siguió el, jefe —. Eso explicaría lo del camión cargado con cajas de combustible que el granjero Carruthers detuvo ayer.

—¿Quiere decirse que han desaparecido también cajas de combustible, aparte de las de ese camión? —interrogó Broster.

—No lo sé. No hay denuncias, pero ello es tal vez porque la gente está demasiado preocupada con los muñecos en sí mismos.

Volvió a callar. El silencio pareció palpable en la salita.

—Dígame, señor Broster —siguió el jefe—: Esos muñecos que usted hace ¿son capaces de… de inteligencia?

El ingeniero sonrió sin alegría.

—No creo que lleguen a tanto, señor jefe —repuso—. Supongo haber logrado cierta perfección en ellos, pero no que puedan pensar; esto es, razonar por su cuenta.

—¿Y conocer o reaccionar como los animales?

Broster se puso serio.

—Lo que están haciendo esos robots no es cosa propia de animales, señor jefe —objetó—. Son cosas de hombres.

—¿Podrían llegar, no a pensar, pero sí a sentir pasiones como las humanas, odio, por ejemplo?

Walter se echó a reír, antes de que su compañero contestara. El jefe lo miró con fastidio.

—Ni pensar ni sentir pasiones, señor jefe—. Dijo bruscamente—. No son sino máquinas que responden a incitaciones exteriores, aunque con perfección, por cierto. No pueden hacer nada propio que salga de ellos precisamente.

—¿Y cómo explica usted todo lo que ocurre?

Walter calló. No encontraba respuesta.

—Usted dirá que los maneja alguien, ¿verdad? —prosiguió Dalton—. ¿Quién? ¿Cómo? ¿A todos juntos, en tantos lugares distintos? ¿Quién manejó a los que mataron a Hopkins y a Harker?

Con un gesto de fastidio, el jefe metió la mano en un cajón y extrajo una hoja de papel que desplegó ante sus visitantes.

—No deseaba mostrarles esto —dijo—. La policía lo reserva en secreto. Pero usted me ha obligado. Mire. Este papel fue encontrado pegado en un árbol, cerca de Atlanta.

El papel estaba arrugado, como por haber estado antes húmedo. Medía unas quince pulgadas de ancho por veinte de largo. En él, escrito con letras de imprenta, con pincel, por una mano evidentemente torpe, decía:

> «Cuidado. Somos seres como vosotros. No queremos servir. Dejadnos libres».

Y debajo un nombre: «Espartaco»[1].

Walter empujó el papel hacia el jefe, sobre la mesa. Dalton se anticipó a la respuesta.

—Una broma de algún chusco, ¿no es cierto? Puede ser, no digo que no. ¿Y si fuera otra cosa? Le advierto que no es el único que hemos encontrado. Mis agentes hallaron otros semejantes.

Walter se encogió de hombros. Pero involuntariamente volvió a ver, con la imaginación, al robot que él y Broster habían examinado en la granja. Meg Harker le había hablado de él varias veces, estremeciéndose. Se le ocurrió pensar lo que sería aquel monstruo, del modelo más perfecto producido por Merryck, si en realidad, como insinuaba aquel tonto de policía, tuviera inteligencia. Un Espartaco de metal, sublevando los esclavos metálicos, apoderándose de todo, matando y quemando.

—Quiero pedirle una cosa, señor jefe —dijo—. Una autorización para examinar los lugares donde ocurran hechos, y para aproximarme a los agentes, sin ser molestado. Algo semejante a un carnet de periodista, si a usted le parece.

CAPÍTULO V

LOS ESCLAVOS EN MOVIMIENTO


o vaya, Walter.

Sobre la mesa, en la pequeña salita de recepción del sanatorio, estaba el ejemplar del diario local, que no había sido posible ocultar a Meg Harker. Uno de los títulos informaba que el gerente de la Merryck, Walter Clifford había obtenido permiso para participar como observador en las gestiones de la policía.

—Es necesario, Meg La policía entiende de capturar delincuentes, nosotros de robots. Por otra parte, tenemos que hacer algo. No puedo resignarme a la inactividad, a enterarme de cómo ocurren estas terribles cosas, mano sobre mano.

Meg se levantó de su silla esmaltada.

—Entonces yo también quiero ir, Walter. Yo también estoy harta de sanatorio. Me encuentro bien. Lo único que me falta es que se logre terminar con esos engendros.

—No —repuso Clifford—. Usted no. No lo permitiría la policía, ni yo tampoco.

—Pero no me quedaré aquí, Me iré a un hotel. No quiero ser tratada como a una enferma.

Walter la miró con suavidad. En los pocos días que llevaba de conocerla había aprendido a interpretar aquel pliegue de obstinación en la frente de la muchacha.

—Como quiera, Meg.

—Una cosa quiero pedirle —rogó ella—. Un empleo en su fábrica. No necesito ganar mucho. Necesito, en cambio, algo en qué ocuparme. Y algo que me mantenga de algún modo vinculada a lo que está ocurriendo, hasta que termine. No habrá paz para mí mientras esto de los robots no se aclare de alguna forma, Walter.

Clifford observó los ojos azules. Comprendió que la muchacha no exageraba.

—Está bien —repuso—. No será difícil. Hablaré con mi tío.

* * *

El primer vuelo de observación de Walter fue en un helicóptero liviano, de modelo antiguo, pero preferido para aquella tarea precisamente por su lentitud de maniobras que lo hacían ideal para observaciones de ese tipo.

El aparato iba tripulado por un sargento y un agente de la policía del Estado; en el asiento posterior viajaban Clifford y un periodista perteneciente a un semanario local, un joven rubio y deportivo, de poco más de dieciocho años, llamado Mitchell.

Se orientaron directamente hacia el noroeste, can el propósito de escudriñar las sierras y la parte boscosa de aquella región de Georgia, donde era más probable que estuvieran ocultos los robots.

El número de autómatas que había desaparecido del poder de sus dueños era ya muy grande, aunque sólo por conjeturas podía calcularse su número. Las policías de los distintos estados estaban tratando de llevar la cuenta, pero se suponía, con fundamento, que muchas de las desapariciones, por una razón o por otra, entre ellas el miedo, no eran denunciadas. Con todo, la cifra total del cálculo, en la que se contaban ahora los robots de otras marcas, de todos los tipos y precios, ascendía a varios miles.

Muchos, varios centenares al menos, habían sido destruidos después de su fuga, sorprendidos en una forma u otra. Un grupo de unos cien había sido atacado desde el aire, mientras avanzaba a través de un bosque, en Texas, y hecho volar por medio de bombas. No faltaban, en cambio, casos en los cuales el resultado era dolorosamente inverso: los robots hablan destrozado a quienes intentaron oponérseles.

Y las opiniones eran unánimes en un sentido: que cualquiera que fuese la causa que originaba aquello, los robots se proponían sin duda algo: no era presumible que escaparan para vagar por los campos, como si les interesara sólo la libertad y el aire libre.

Pero ¿cuál era su propósito, es decir, el de ellos o el de las inteligencias infernales que los manejaban?

Los dos policías, Mitchell y Walter, se habían cansado de discutir sobre el punto, mientras volaban lentamente sobre las sierras, sin dejar de escudriñar con sus binoculares.

Aquella tarea la repetían en aquel momento docenas, centenares de aparatos voladores de todos los tipos, en todo el territorio de la Unión. Pero sólo por excepción, como en el caso de Texas, se habían avistado concentraciones de los mortíferos muñecos, a pesar de que la búsqueda llevaba ya muchas horas, aun de noche, con ayuda de reflectores.

El sol caía ya detrás de las sierras y el sargento iba a dar la señal de regreso, cuando el agente dio la voz de alarma.

—¡Allí! ¡Miren!

Señalaba hacia un punto, hacia el sudoeste, donde el terreno era más irregular y abundantes bosquecillos de pinos estorbaban la visual. Algo más lejos corría, por entre una estrecha garganta, el río, el Coosa.

Una serie de puntos más oscuros parecían brotar literalmente del agua en aquel paraje. Puntos oscuros que se movían alejándose de la orilla, internándose en tierra. Y la luz del sol poniente se reflejaba en ellos.

—¡Robots! —gritó el sargento—. ¡Dios mío! ¡Ahora, me explico por qué no se los localiza nunca! ¡Ésos han venido por el río, debajo del agua!

—Son peores que los enemigos de carne y hueso —comentó Walter—. Pero ¿adónde van? ¿Qué es lo que se proponen ahora?

El sargento no perdió el tiempo en discusiones. Enfiló el pequeño helicóptero hacia los monstruos que brotaban del río.

—La ametralladora, Jones —dijo, dirigiéndose al agente—. Cuando yo le indique, haga fuego.

Un momento más tarde estuvieron volando sobre los autómatas. La ametralladora, de modelo liviano, comenzó a tartamudear.

Los robots, abajo, parecieron vacilar unos instantes, como si no entendieran. Pero la reacción vino enseguida. No serían menos de treinta o cuarenta, pero desaparecieron casi en el acto, con la velocidad y agilidad de lagartijas, perdiéndose de vista entré los arbustos y los árboles.

Uno de ellos cayó y permaneció tendido, en el suelo. Sin embargo, Walter calculó que tenía que haber más de ellos tocados por los proyectiles.

—Aquí no hay heridos —comentó Mitchell—. O se les da en puntos vitales, o continúan en pie. Un agujero más o menos no les preocupa.

El sargento no contestó. Estaba demasiado ocupado manipulando el transmisor de radio.

—Piloto del
G-56
a base —anunció—. Robots a la vista. Hemos ametrallado, sin éxito, a unos cuarenta o cincuenta, junto al río, cerca de… —Y dio la posición exacta. Dirigió la vista hacia abajo, como si deseara ratificar lo dicho y se puso pálido—. ¡Oh, Dios mío! ¡Miren! —agregó.

Los otros tres tripulantes del helicóptero obedecieron.

Más allá del río, hacia donde abarcaba la vista, en una dirección y en otra, el terreno irregular y boscoso estaba salpicado ahora por pequeños puntos, oscuros unos, otros con destellos brillantes. En algunos lugares sólo el ondular de las hierbas altas anunciaba la presencia de los temidos monstruos de metal.

—¡Hormiguean! —exclamó Walter—. ¿Qué se proponen? ¿Dónde estarían ocultos?

El agente oprimió el gatillo de la ametralladora, pero sin éxito: la distancia; era demasiada ahora. Por su parte, el sargento aceleró cuanto pudo la máquina, sin soltar el micrófono del transmisor.

—G-56 al habla —insistió—. Envíen aviones. Pronto. Muchos

robots; no puedo contarlos. Trataré de hacer algo, entretanto.

Estaban sobre uno de los grupos. La ametralladora volvió a rugir. Un puñado de robots cayó.

—¡Hurra! —exclamó el agente.

Pero algo más brilló entonces abajo, en la penumbra del crepúsculo que ya se cernía. No era esta vez un reflejo metálico.

¡Toc, toc, toc!

Algo pasó, con un atroz silbido, cerca de la cabeza de Walter; junto a la envoltura de plástico de la cabina.

—¡Es fuego antiaéreo! ¡Huya, sargento!

El sargento no era cobarde, pero tampoco un loco. Y hubiera sido una locura pretender enfrentarse a un juego antiaéreo a bordo de aquella carraca, con una ametralladora liviana y a menos de seiscientos pies de altura.

No trató de elevarse, lo cual hubiera sido suicida, sino de huir.

Los disparos antiaéreos siguieron hasta que el helicóptero estuvo suficientemente alejado, Pero la puntería era mala.

—Tiran al azar, los condenados —exclamó el sargento—. Sus robots son malos para la artillería antiaérea, señor Clifford.

—Yo me pregunto adonde irán por ese camino —comentó Walter sin reparar en las palabras del sargento—. Mírenlos ustedes.

La noche caía, pero aún se veía lo suficiente para advertir la marcha de los grupos de robots hacia el noroeste.

De pronto, el agente comprendió. Lanzó un grito:

—¡Van hacia la fábrica de Chester! —exclamó—. ¡La fábrica de municiones de Chester!

Walter no conocía demasiado la geografía del lugar, pero sabía que por aquellas inmediaciones quedaba la fábrica de Chester, una de las más importantes del Estado en materia de municiones de toda índole.

El sargento redobló sus llamadas:

—G-56 a base… ¡Pronto!

Rápidamente contó a la base lo que sucedía.

Pasado apenas el peligro inmediato del fuego antiaéreo, el pequeño helicóptero rehízo el camino y volvió a buscar el que habían seguido los robots. Desde la retaguardia de los muñecos observaron la marcha de éstos, sobre el terreno pedregoso.

Eran varias, no menos de cuatro, las columnas de robots que

marchaban en la misma dirección. Aun vieron otros más, rezagados, que brotaban del río, por cuyo lecho habían venido avanzando, ocultos por las aguas.

—No necesitan respirar —comentó Mitchell—. Una ventaja más sobre los humanos.

La ametralladora funcionó otra vez, y algunos de los siniestros fantoches cayeron. Pero el sol acababa de ponerse detrás de las sierras. Un instante, más y sería de noche.

El sargento lanzó una maldición.

—¡Van a atacar la fábrica! —exclamó—. ¡A robar municiones! ¡Dios sabe lo que harán después con ellas! ¡Y nosotros aquí, como unos tontos, en esta carreta!

Un rumor sordo, que procedía del horizonte, hizo respirar a todos. Sabían bien de qué se trataba. Eran los aviones de la base de Cartersville que acudían a la llamada.

Pronto los distinguieron, volando muy alto, sin luces, contra el cielo ya muy oscuro. No tendrían minuto que perder si querían bombardear con los objetivos a la vista, y no al azar.

Mecánicamente, el sargento repitió el mensaje que acababa de percibir en los auriculares:

—G 56… apártese.

Una de las escuadrillas se elevó verticalmente y descendió en picado. Las explosiones de las bombas estuvieron a punto de hacer girar en el aire al pobre helicóptero.

—¡Los han visto! —exclamó Mitchell, eufórico—. ¡Viva la Fuerza Aérea! ¡Se acabaron sus robots, Clifford!

Una y otra vez, el rugido de los motores alternó con el silbido de las alas y los estampidos de las bombas que estallaban abajo.

El pequeño cañón antiaéreo de los robots ladró también, media docena de veces, sin éxito. Fue silenciado pronto.

—Creo que tiene usted razón, amigo —dijo el sargento—. Con unos cuantos ataques así donde aparezcan esos bichos habremos terminado pronto con ellos.

Pero Clifford no estaba tan seguro. Y el hecho de que los robots hubieran sido sorprendidos mientras se concentraban para marchar en dirección de una fábrica de municiones, le resultaba una señal del peor augurio.

* * *

Los cuatro tripulantes del helicóptero fueron recibidos como a verdaderos héroes al llegar de regreso a la base aérea.

Walter aceptó unos cuantos apretones de manos y en cuanto pudo hacerlo con un mínimo de decoro se deslizó con cualquier pretexto y escapó.

Se metió en el primer bar que encontró a su paso, simplemente para escuchar una radio que transmitía noticias.

Casi antes de que el joven acabara de beber un combinado, alguien sintonizó de nuevo y el altavoz comenzó a difundir música ligera. Walter pagó y salió.

Sabía que tenía que ocurrir algo más, y que, o mucho se equivocaba él, o los sucesos debían de ocurrir aquella misma noche.

Si el plan de los robots era inteligente, y parecía serlo, cualquiera que fuese la interpretación que pudiera darse al origen de esa inteligencia, era inverosímil que hubieran atacado, o intentado atacar, una fábrica de municiones, con el evidente propósito de proveerse de ellas, y no hicieran lo propio al mismo tiempo, en otros sectores, con otros establecimientos industriales capaces de proporcionarles los elementos que necesitaban para la lucha.

Era muy extraño.

Al día siguiente sería ya demasiado tarde para ellos. Todas las fábricas productoras de armas, municiones, combustible atómico y cualquier otro elemento sospechoso de ser útil a los robots, estarían custodiadas por tierra y por aire, a fin de hacer fracasar cualquier intento.

—Esta noche —se repitió Walter por centésima vez—. Tiene que ser esta noche. Si es que los robots siguen un propósito inteligente. Si es que…

En cuanto llegó a su cuarto se precipitó al aparato radiotelevisor. Pasaban unos minutos de las diez de la noche, y a las diez solía transmitirse un boletín informativo. Alcanzó a oír:

—Último momento. De Palmer, Tennessee, informan que allí también acaba de ser asaltado un establecimiento productor de armas atómicas. Con éste y el que acabamos de informar, en Macon, Mississippi, son ya ocho en todo el territorio de la Unión las fábricas

de municiones, armas o combustibles atómico que han sido…

Buscó otra estación, rápidamente:

—Eh Chiple, Florida… asaltada la mayor fábrica de combustible atómico.

Y algo más allá, otra:

—En Troy, Alabama… un aeródromo… Los extraños ladrones lograron levantar el vuelo con ocho aparatos…

Walter cerró la radio.

—¡Completo! —exclamó.

CAPÍTULO VI

UNA BANDERA BLANCA


o era mucho más de la medianoche cuando Walter Clifford llegó a la vasta serie de instalaciones que constituía la planta industrial de la Merryck Corporation.

Había hecho el vuelo, desde Atlanta en escasos minutos, forzando la marcha, de por sí lenta, de su avión de recreo.

Descendió en el pequeño campo de aterrizaje situado a la izquierda del cuerpo central del edificio.

Dio un profundo resuello al comprobar que, al menos por ahora, todo estaba tranquilo. Sólo algunas hileras de luces indicaban que los guardianes nocturnos permanecían en vela.

Descendió del aparato y se encaminó hacia la entrada, mientras palpaba en un bolsillo buscando la llave. Al hacerlo sintió el contacto reconfortante de la pequeña metralleta que llevaba

colgada de una correa; bajo el brazo izquierdo.

Se acercaba ya a la puerta cuando un ronquido suave, que procedía del sudeste, comenzó a oírse Instintivamente, Walter llevó la mano a la metralleta.

Un instante después se rió de su temor al reconocer las luces, verde y roja, de un avión de alquiler.

El aparato descendió ágilmente, iluminando él mismo el campo de aviación con sus focos. Un instante después, una figura femenina bajaba del modesto aparato. Era Meg Harker.

—¡Meg! —Walter corrió hacia ella—. ¿Qué hace aquí, Meg?

Hacía tres días que, por intercesión de Walter, la muchacha había obtenido un puesto en las oficinas de la fábrica. No residía, sin embargo, en las viviendas para empleados que rodeaban el establecimiento, sino en un hotel, en Atlanta. Walter había insistido en que no residiera, al menos durante la noche, tan cerca de aquellos robots que alteraban sus nervios.

La hija del difunto granjero corrió hacia él.

—Me enteré de lo que pasaba —dijo— y entendí que no podía menos que acercarme aquí, por si ocurría también algo. Llamé por teléfono a su casa, y no obtuve respuesta. Pero ¿usted sólo viene? ¿Nadie más se ha enterado de las noticias?

—Yo hablé a mi tío, a Broster y a varios más Meg. No tardarán en llegar, según creo. Algunos de los empleados más importantes vendrán también. Tengo la impresión de que si esta noche no atacan la fábrica, mañana no lo harán.

—¿Y si la atacan? No podremos defenderla solos, casi sin armas… Necesitamos auxilio del gobierno.

—No lo tendremos. Ya he hablado pidiéndolo, antes de venir. Las autoridades se ríen, no creen que pase nada aquí. Se limitan a enviar fuerzas, aunque un poco tarde, a custodiar los aeródromos y fábricas de municiones, armas y combustible para robots. Tendremos que arreglarnos solos.

—¿Con qué medios?

Clifford se encogió de hombros.

—Broster y Dean prometieron traer fusiles atómicos —dijo—. Hay algunos más, y un par de metralletas, en las oficinas. Y juntaremos las pocas armas que tengan los demás elementos del personal. Después de todo, es posible que no suceda nada, como

opinan los del gobierno.

Tomó a la joven delicadamente por un brazo, como empujándola hacia el aeroplano de alquiler que esperaba.

—¿Adónde me lleva, Walter? —Inquirió ella.

—Al avión. Tiene usted que irse. No puede permanecer aquí ni un momento más.

Ella dio un paso atrás, con energía. El pliegue vertical de su frente se acentuó.

—No. No me voy —dijo.

Su voz coincidió con el ronquido de los aviones que indicaban la llegada de los otros miembros del personal de Merryck.

* * *

—¿Qué pueden buscar en la fábrica? —exclamó el viejo Merryck. Se dejó caer en un sillón y repitió su habitual gesto de mecerse la frente con un pañuelo—. No hay aquí materiales que puedan resultarles útiles para esa condenada sublevación. Ni siquiera combustible atómico, salvo un puñado de uranio y cobalto. Es Una verdadera tontería lo que hacemos, Walter. ¿Qué opina usted, Dean?

El interpelado hizo un gesto de escepticismo.

—Por mi parte, no creo que la fábrica esté en mayor peligro —dijo—. Pero tampoco me parece imposible que esos condenados autómatas miren hacia aquí, después de todo eso que informan las radios.

Frank Hoare, segundo contador, un individuo muy alto y delgado, con cara de cuchillo, que no pasaría de los treinta y cinco años, pero cuya cabeza era ya casi del todo gris, arrugó los labios con desagrado.

—Aquí hay robots —opinó—. Robots, ingeniero. Desarmados o no, se trata de posibles refuerzos para sus filas.

—Robots que no pueden moverse —replicó Broster—. Cuyas piezas vitales han sido retiradas. ¿Cree usted que esos muñecos, por perfectos que sean —un dejo de orgullo, aunque refrenado se filtró a través de las palabras del hombre que había creado los terribles pero maravillosos fantoches— serán capaces de conocer el uso de esas piezas, aunque las encontraren, y armar otros de sus

congéneres?

—Si me apura usted mucho, no lo sé —repuso Dean—. De cualquier modo, no sería imprudente esconder, enterrar, por ejemplo, esas piezas.

Estaban en una de las salas de espera del vasto sector del edificio destinado a las oficinas, Merryck, Walter, Meg, los dos ingenieros y otros cuatro jefes del personal administrativo, incluido Hoare.

Clifford se aproximó a una de las amplias ventanas y apartó los visillos. Afuera no sé veía sino la noche, negra, sin una estrella. Solamente un par de lucecitas, a unas cien yardas de distancia, indicaban una de las instalaciones del pequeño campo de aterrizaje.

—Una noche adecuada para ellos —comentó—. Oscura, con nubes bajas que impedirían cualquier operación desde el aire. ¿Están todas las armas en el interior del edificio, Hoare?

—Ya me ocupé de eso, señor.

Todas las armas, se dijo Clifford. Unos cuantos fusiles y un par de ametralladoras atómicas, sin contar con las armas cortas, de bolsillo, que serían como pistolas de juguete para aquellos demonios.

—Si yo fuera Espartaco —opinó Broster—, y deseara atacar la fábrica, golpearía esta noche.

Walter lanzó una mirada de soslayo a Meg, que estaba sentada en un rincón y escuchaba la conversación sin mezclarse en ella. Le pareció que al oír el nombre de Espartaco el rostro de la muchacha se contraía. Clifford sabía que ella, sin pensar exactamente por qué, aplicaba el nombre del supuesto caudillo mecánico al autómata que había causado la muerte de su padre, en la granja.

Walter se puso en pie, nervioso.

—No podemos permanecer esperando así —dijo—. Mucho menos, habiendo qué hacer todavía. Voy a esconder todas esas piezas, como propuso Dean. Al menos, las válvulas interruptoras, que son más pequeñas. ¿Quién me acompaña?

—Yo —dijo Meg.

Hoare y Dean se levantaron casi al mismo tiempo.

Todos, empezando por Walter, intentaron contener a Meg, pero la muchacha insistió. Cualquier cosa sería mejor, dijo, que permanecer todo el resto de la noche inmóvil, esperando.

Atravesaron las vastas y modernísimas salas donde se elaboraban, en complicadas maquinarias, las distintas partes de los organismos mecánicos.

Junto a algunas de las paredes se alineaban series de las distintas piezas destinadas a armar los robots. A algunas de ellas, las externas, se las conocía por los nombres de las piezas equivalentes en las antiguas armaduras: petos, espaldares, musleras…

Con muy poco esfuerzo podían armarse docenas, centenares de muñecos, simplemente acoplando aquellas piezas. Ciertamente, no se trataría sino de la envoltura externa, carente de los mecanismos vitales. Pero la muchacha se estremeció.

Pronto llegaron a una de las dependencias donde se amontonaban los robots completos, listos para la venta, que habían sido inutilizados momentáneamente quitándoles las «válvulas interruptoras».

Walter los miró con recelo.

—¿Ha pensado usted en lo que sucedería si estos demonios nos atacaran «desde dentro»? —insinuó dirigiéndose a Dean y tratando de que Meg no pudiera oírle—. ¿Si Espartaco tuviera una quinta columna en la fábrica?

Calló, porque le pareció que Meg estaba escuchándolo mientras observaba con aprensión los muñecos.

—¿Usted cree que todas estas cáscaras vacías podrían movilizarse, en el estado en que se encuentran? —repuso Dean.

Walter sofocó una mueca de fastidio al advertir que la muchacha lo había oído.

—Vamos a guardar esas piezas —indicó—. ¿En dónde las metemos?

—En cualquier parte, menos, naturalmente, en su lugar lógico. En el archivo de las oficinas, por ejemplo.

Comenzaron a entresacar, de entre las demás piezas, las minúsculas pero vitales válvulas.

De pronto, Walter dejó escapar una ligera exclamación.

—¿Qué pasa, señor Clifford? —interrogó Hoare.

El joven gerente estaba mirando en dirección a un extremo de la pared, donde se alineaban los robots de mayor tamaño.

—Mire esos muñecos, Hoare. Ésos, los del tipo 18… —hizo una pausa para observar mejor, los de la medida de Espartaco.

—¿Espartaco? —inquirió Dean—. ¿Qué sabemos nosotros de la medida de ese tal robot Espartaco, si existe?

Walter se reprendió interiormente por haber dicho lo que consideraba una tontería. Pero el hecho estaba, a la vista. Los muñecos de aquel sector no estaban como él recordaba haberlos visto el día anterior, antes de partir para unirse a la pequeña expedición policial.

Los recordaba bien. Entre los del tipo 18 estaban situados, por inadvertencia, otros del 15, modelo más común y menos costoso.

Al menos, así los había dejado él cuando abandonó aquella sala, después del último examen que hizo a los maniquíes, para asegurarse personalmente de que habían sido inutilizados del todo. Él mismo había cerrado la puerta con su llavín, y nadie, en absoluto, al menos mientras durara el actual estado de cosas, tenía autorización para entrar en aquel local.

Ahora, en cambio, los dos muñecos del tipo 15 faltaban. Habían sido retirados de su lugar, y aún podían verse los respectivos claros en la fila de los del tipo 18.

Hoare había comprendido también.

—¡Alguien ha andado aquí, señor! —exclamó—. ¡Después que nosotros nos retiramos! Si no, es que esos malditos fantoches se han movido solos. ¡Es que tenemos el enemigo adentro!

Llevó la mano derecha al interior de su americana, bajo el brazo. Sacó un revólver de tipo común, anticuado, pero de gran calibre. En el colmo de la excitación, hizo fuego, una, dos, tres veces.

—¡Calma, Hoare! —gritó Broster—. ¿Se ha vuelto loco?

Una bala rebotó en la armadura pectoral de uno de los robots y fue a estrellarse contra la pared, después de pasar rozando la cabeza de Walter. Otra destrozó una de las células fotoeléctricas que constituían los ojos del muñeco.

—¡Hoare! —dijo Walter, poniéndole una mano en el brazo—. ¡El pánico es un mal consejero! ¡Cálmese!

Volvió la cara hacia Meg, que los miraba, amarilla como la cera, pero serena y firme.

En aquel momento se oyó otra detonación. Pero ésta procedía de la sala de espera, donde habían quedado Merryck y Broster. Y era de Un rifle atómico.

Corrieron a través de las salas atestadas de máquinas y

materiales. Cerca ya de la sala, vieron que Merryck estaba en la puerta, mirándolos.

—¿Qué les ha pasado? —exclamó el viejo, ansiosamente—. ¿Ustedes también…?

—¿También qué? —dijo Walter—. No; fue simplemente un exceso de nerviosidad del amigo Hoare. ¿Y ustedes? ¿Qué fue ese tiro de rifle?

Reparó entonces en que la sala estaba a oscuras, apagadas sus luces. Y distinguió en el interior a Broster, junto a una ventana, en posición de tiro, con el rifle atómico asomando por una delgada ranura tras las persianas.

Broster hizo luego por segunda vez. Después habló.

—Los robots se están concentrando —dijo—. El señor Merryck vio dos de ellos, yo a otro. Suponemos que no serán los únicos, ¿no le parece?

Siguieron varias detonaciones lejanas, y un silbido. Una bala fue a estrellarse contra un espejo, haciéndolo añicos, después de abrir un boquete en los listones de la persiana.

—Hoare —ordenó Walter—, vaya pronto al radioteléfono. Llame a Atlanta, Dígales lo que pasa. Esos idiotas no podrán negarnos su auxilio ahora.

El empleado salió corriendo a cumplir la orden. Walter se acercó a la ventana y observó el exterior, a través de la delgada rendija que había bajo la persiana.

Otro redoble de fusilería y ametralladoras siguió. Pero la puntería de los robots tenía que ser abominable: ninguno de los proyectiles dio en las ventanas.

—No tiran contra nosotros —opinó Walter—. No es el cuerpo de la fábrica lo que buscan.

—¿Entonces…? —balbuceó Merryck.

—No lo sé. —Clifford sacudió la cabeza—. No entiendo.

Hablaba sin dejar de obrar, como por lo demás estaban haciendo todos los presentes. Las dos ametralladoras livianas fueron puestas en posición, ante las ventanas. Walter se hizo cargo de una, y Dean de otra. Los demás, incluso Meg, tenían rifles. Comenzó el tableteo.

De pronto, a gritos para hacerse oír a pesar del estruendo de los disparos, habló Hoare, de regreso. Sólo Walter, que estaba más cerca, pudo entender lo que el contador decía:

—¡Señor Clifford, no es posible llamar! ¡Han destruido el transmisor de radio! ¡Han sido ellos!

—Calma, Hoare —gritó Walter al oído del otro—. Los robots no son sino muñecos, y los nuestros están rotos todos.

—Entonces hay algún traidor entre nosotros —repuso Hoare.

Walter sintió que la lógica del hombre era de hierro.

El radioteléfono destruido, se dijo el joven. El mismo sistema empleado al atacar la granja de Harker. Parecía un método usual en aquellos demonios.

No tuvo tiempo de pensar. Hacía fuego, apuntando a los fogonazos que se veían a lo lejos. Éstos eran muchos, y se desplegaban en un amplio frente. Walter apretó los dientes al calcular el número de aquellos temibles fantoches.

Una feroz ráfaga de metal cruzó entonces la salita, en abanico, arrancando una hube de escombros de las paredes. Pero pasó alta. Una yarda más baja y ninguno de los presentes habría podido relatarlo luego.

—¡Al suelo! —ordenó Walter—. Van a comenzar a tirar contra nosotros ahora.

No tuvieron tiempo de obedecerle.

Casi simultáneamente, Broster lanzó una exclamación.

—¡Miren!

A lo lejos, la luz de un reflector de regular potencia surgía del suelo, hacia arriba.

—¿Qué es aquello?

La luz del foco iluminaba algo que se movía en el aire, ondulando.

Miraron mejor. Una línea recta, como un asta de bandera, parecía sostener aquello que ondulaba, iluminado por el reflector.

—Es un trapo blanco —opinó Dean. De pronto comprendió él como los otros—. ¡Clifford! ¡Es una bandera! ¡Una bandera blanca!

Permanecieron unos instantes como alelados, sin creer lo que veían.

—¡Piden parlamento! —exclamó Walter—. ¡Quieren entrar en tratos con nosotros… unos robots de acero!

—¡Vive Dios!, Clifford —dijo Broster—, no estamos para elegir mucho. De acero o no, si quieren hablar, hablaremos.

CAPÍTULO VII

EL PARLAMENTARIO



o había mucho que discutir. Una mirada alrededor, en la penumbra de la saleta, convenció a Walter de que la opinión era unánime.

Dean se levantó, de su puesto, dejando la metralleta.

Al menos, entretengan todo lo que puedan a ese monstruo. Mientras tanto, yo iré a tratar de componer el transmisor de radio. Si consigo hablar a tiempo con Atlanta, todo será fácil.

Salió. Walter miró a los que quedaban. Todos estaban serios.

—¿Alguno de ustedes sabe dónde encontrar una linterna? —requirió.

—Sí —el que habló fue el jefe de compras, un hombre de estatura menos que mediana, muy delgado que se llamaba Jacobs —. En mi sección hay una muy poderosa. Y los guardias nocturnos también tienen.

—Traiga una entonces, Jacobs, por favor. La más potente.

Jacobs tardó pocos minutos en regresar con la linterna eléctrica. Walter la tomó y se aproximó a la ventana.

Agachado tras la mampostería, para evitar ser víctima de un posible ataque por sorpresa, Walter maniobró, con la linterna y un pañuelo blanco.

La bandera que ondeaba al otro lado del campo de aterrizaje se agitó más ampliamente. El reflector cambió de posición, enfocando ahora al edificio.

Y la luz se apagó y volvió a encenderse, una y otra vez, intermitente.

—Es un mensaje —exclamó Walter—. ¡La llamada de atención del Morse!

Telegrafió, con ayuda de la linterna:

—Estoy listo. Hable.

El mensaje llegó, lento, fastidioso, pero no más de lo que resulta invariablemente en ese tipo de comunicaciones.

—Queremos… hablar… con ustedes.

Walter tradujo en voz alta, para que comprendieran los que no conocían el sistema Morse. Y contestó:

—De acuerdo.

—Venga uno de ustedes —tartamudeó el reflector.

—No —repuso Walter.

En verdad, la idea de confiar en el honor de unos monigotes de hierro era grotesca.

—Irá entonces uno de nosotros. Si se promete respetarlo como a parlamentario.

Walter contestó, sin previa consulta a sus compañeros:

—Prometido.

Había concluido de transmitir la palabra cuando se le ocurrió otra idea.

—Espartaco —transmitió—. Que venga Espartaco.

Sonrió interiormente. Ni siquiera sabía si estaba o no entre el actual enemigo el muñeco llamado Espartaco.

Del otro lado se comenzó a transmitir la señal negativa del Morse, pero Walter no esperó a que ésta concluyera.

—No hablaremos sino, con Espartaco —transmitió.

La bandera blanca desapareció, pero, el reflector repuso:

—Conformes.

* * *

Lo primero que miró Walter fueron los ojos de Meg Harker, dilatados, mientras el muñeco de acero atravesaba el vasto portón de la fábrica. No necesitó observarla mucho para comprender que ella había reconocido al robot; que sí, que aquél era el monstruo que había encabezado la sublevación de la granja, y al cual la muchacha identificaba como Espartaco.

Se preguntó en qué se fundaría ella para reconocerlo. Lo que Walter tenía delante, encañonado por su propia metralleta y por todas las armas de que disponían los sitiados, era un robot de los del tipo 18, nuevo y reluciente. Su medida sobrepasaba en un pie la de Walter, que era el más alto de los presentes. Venía con las manos en alto, como un prisionero.

Pero Meg Harker estaba, segura, sólo al mirar un costado de la cabeza del monstruo, el derecho: el aparato que tenía la forma de una oreja, y destinado a recibir los sonidos y transmitirlos al cerebro electrónico, estaba roto parcialmente. Meg lo había visto aquella noche trágica de la granja, al resplandor de las llamas del granero.

El portón de hierro se deslizó sobre sus carriles y cerró, detrás del robot.

—Háblele usted, Broster —dijo Clifford—. Usted conoce mejor su condenado idioma.

Broster se adelantó a cumplir la indicación, sin soltar ni por un momento su rifle atómico. Pero entonces ocurrió algo inaudito.

El muñeco comenzó a golpearse el pecho con los dedos. Por un momento, todas las armas se aprestaron, dispuestas a hacer fuego. Pero enseguida comprendieron lo que Espartaco estaba haciendo. El entrechocar de las dos piezas de acero eran señales Morse:

—No… es… necesario.

Walter vio el terror reflejado en los ojos de todos. A él, sin embargo, el hecho de que un muñeco pudiera comunicarse directamente con los humanos, de semejante modo, le resultaba más bien un alivio. Por un instante había imaginado que Espartaco hablaría, en el sentido propio de la palabra. En cambio, el empleo

de un alfabeto telegráfico lo hacía menos humano, es decir, menos monstruoso.

De cualquier modo, aquello era mucho más de lo que una mente equilibrada podía soportar. Desde el comienzo de aquella increíble aventura de los robots, Walter había pensado y discutido muchas veces acerca de la posible explicación de lo que ocurría. Aun había porfiado, contra algunos crédulos que sostenían que los robots podían haber desarrollado una inteligencia.

Ahora seguía sin admitirlo. Toda su razón, todo su ser se rebelaba contra aquel supuesto. Pero los hechos estaban allí, no podían negarse. Él mismo, Walter Clifford, estaba conversando, cambiando ideas con un ente, de acero, y poco importaba si éste podía expresarse con la garganta o con las manos. Nadie duda de la inteligencia de un semejante porque transmita sus ideas en Morse, o por el alfabeto de los sordomudos.

Sí, los hechos estaban allí, pero Walter se negaba a aceptar la causa. La causa tenía que ser otra.

Pero no había tiempo de discurrir sobre filosofía. El muñeco permanecía de pie, esperando que Walter hablara. El joven se dirigió a él:

—Bien —dijo—. Ustedes han propuesto un parlamento. ¿Para qué? ¿Qué proponen?

El guantelete volvió a golpear sobre el pecho acerado.

—Rendición… Incondicional —transmitió.

Hoare soltó una carcajada nerviosa. El robot siguió transmitiendo, sin hacer caso.

—Tenemos varias granadas de hidrógeno. No las hemos empleado aún porque no queremos destrucción inútil. Necesitamos esto.

Con un amplio ademán, su mano indicó el ámbito de la fábrica.

—¿Qué harán cuando lo tengan? —inquirió Walter.

—Eso es cuenta nuestra.

Las células fotoeléctricas que de algún modo asemejaban ojos permanecían impávidas, clavadas en el rostro de Walter. El joven dudó una vez más si a pesar de todo, a los ingenieros no se les habría ido la mano en materia de perfección mecánica, y habrían creado monstruos capaces de evolucionar hasta tener inteligencia, pasiones…

—¿Quiénes son ustedes? —Walter no pudo evitar la pregunta—. ¿Qué se proponen?

—Ustedes saben lo que somos —la respuesta llegó a través del Morse—. Robots, hechura suya. Ahora también con razón y voluntad, como ustedes. No queremos ser sus esclavos. Crearemos otros semejantes a nosotros, que tampoco obedezcan…

Merryck avanzó un paso, soltando una carcajada histérica.

—¡Quieren ser libres! —exclamó—. ¡Un muñeco de acero, libre!

Walter comprendió, que si la situación se prolongaba un minuto más, la razón de más de uno de los presentes peligraría.

—Sus vidas serán respetadas —siguió Espartaco—. Es cuanto les ofrezco. Eso o la destrucción. ¿Qué responden?

—Tenemos que deliberar antes de contestarle —repuso Walter —. Espere afuera.

Indicó la puerta de la habitación. El robot salió. Walter cerró las batientes detrás de él.

Después se alejó, hacia el otro extremo de la sala, y habló en voz muy baja.

—¿Qué hacemos? —preguntó—. ¿Qué opinan ustedes?

—Sencillamente, decir cualquier cosa y traicionarlos —repuso Broster—. ¿Piensa usted pactar en serio con un robot de acero?

Hoare se agitó nerviosamente, apretando los puños.

—Son algo más que eso, ingeniero —dijo—. Me he convencido ahora. Son…

—¿Demonios? —dijo Broster. Soltó una agria risa—. Ése a quien llaman, o llamamos Espartaco, parece ser el jefe. Clifford, cualquiera que sea la interpretación que demos a los hechos, propongo que lo eliminemos… y nos vayamos.

—¿Después de haberlo recibido como parlamentario? —dijo Hoare.

Walter desoyó la objeción.

—No admito que sean seres racionales —dijo— y en consecuencia no les reconozco derecho alguno. Pero ¿será prudente eso que usted propone, Broster?

—Si Dean no consigue arreglar la radio… Estoy seguro de que no les faltan medios para liquidarnos como ratas, después de lo que ha ocurrido en el país, y lo que nos han mostrado esta noche. Al menos si nos vamos de aquí podremos comunicar con el gobierno.

Por primera vez, Meg intervino, permanecía serena, aunque pálida, y Walter admiró una vez más la línea de resolución marcada en su frente.

—De cualquier modo, con radio o no —observó— esto no tardará en saberse en los alrededores. Las detonaciones tienen que oírse.

—Cuando sean oídas, ya será tarde. —Broster hizo un gesto de fastidio—. En fin, como ustedes dispongan. Usted es el jefe, Clifford.

—El plan de Broster no me parece descabellado —dijo— siempre que tratemos de destruir aquí todo lo que podamos, antes de irnos. Al menos, las piezas vitales de los nuevos robots. Lo demás no es de tanta urgencia, pues es de suponer que antes de que la maquinaria pueda comenzar a fabricar nuevos elementos, las fuerzas armadas atacarían por tierra y aire.

—Por supuesto —admitió Broster—. No se me ocurriría entregar nuestros elementos a esos bichos.

—Bien —concluyó Walter—. Entonces; lo pondremos a votación. ¿Qué opinas tú, tío?

—Como queráis —repuso el viejo—. Nunca fui un luchador, Y si se trata de resignarme a perder la obra de tantos años de trabajo, ya lo estoy desde que empezó esta maldita historia de Espartaco. Que me ahorquen si esto no es votar por la afirmativa.

—¿Usted, Broster?

—Ya he dado mi opinión —dijo el ingeniero.

—Está bien. —En ese momento advirtió Walter que estaba dejando a la muchacha para el último término—. Usted, Meg.

Meg vaciló un instante. Broster interrumpió, con una seca carcajada.

—Está a resolución si «matamos» o no a Espartaco. Cuidado, no se ponga sentimental, señorita.

—Oh, no —la joven hizo un gesto de contenida rabia—. No temo matar, a un muñeco. Pero no creo que nos convenga, eso es todo. De cualquier manera, son ustedes los que pueden decidir las cosas. Me abstengo de votar.

—¿Hoare? —insinuó Walter.

—Por la afirmativa —respondió con firmeza el esquelético empleado de cabellos grises.

Los otros tres funcionarios administrativos, cuyos nombres eran

Higgins, Royal y Bent, votaron en el mismo sentido tras Hoare.

—Aprobado —confirmó Walter—. Pero primeramente tenemos que saber qué ha sido de Dean. Si ha logrado o espera lograr algo con el transmisor. Por favor, Higgins, vaya usted a ver qué dice.

Higgins asintió, obediente, y salió. Sólo tardó pocos minutos en regresar, precediendo a Dean, a quien había encontrado en uno de los corredores. La expresión del hombre era suficiente respuesta en cuanto al problema de la radio.

—No hay nada que hacer —informó Dean en cuanto estuvo de regreso en la sala. Agregó una serie de explicaciones técnicas que sólo Broster podía comprender íntegramente. Walter lo informó del plan concebido y resuelto durante su ausencia—. Por mi parte, enteramente de acuerdo —concluyó.

—Está bien —dijo Walter—. Traigan a Espartaco.

Hoare dio un paso hacia la puerta. Pero cuando tomó la manija, para abrirla, Walter vio que la mano temblaba.

—Deje, Hoare —ordenó—. Yo iré.

Salió. No necesitó buscar mucho. Espartaco estaba de pie junto a la pared opuesta a la puerta, inmóvil como lo que era: una estatua.

—Ven —dijo Clifford.

El robot entró.

Permaneció de pie con los brazos en alto, mientras los presentes lo apuntaban con sus armas, como lo habían hecho cuando entró en el establecimiento. Un escalofrío se deslizó por la espina dorsal de Walter al pensar que el monstruo podía haber oído tras la puerta, o adivinado la traición que se le preparaba.

—Bien —la mano metálica descendió y comenzó a golpear rítmicamente en el pecho de acero—. ¿Qué han resuelto ustedes?

Hubo una pausa.

—Aceptamos —dijo Clifford—. Vosotros ganáis. Dejaremos la fábrica.

El guantelete volvió a golpear sincopadamente sobre el pecho.

—Está bien.

—Di a tus fuerzas que cualquier intento de traición será castigado duramente. No caeremos solos. Nosotros también tenemos bombas y podemos destruir la fábrica.

No era cierto, pero tampoco una mentira, si se hablaba con un montón de hierro. Por otra parte, Espartaco no tendría ocasión de

comunicar nada a sus monstruos.

El robot se volvió y avanzó lentamente hacia la puerta.

La metralleta de Walter habló entonces, atronando el ámbito.

No fue sino un tiro. El temor de que los proyectiles rebotaran y pudieran herir a los circunstantes, como había estado a punto de ocurrir un rato antes en el depósito de los robots, contuvo la mano del joven. Apuntó al centro del espaldar, confiando en perforar la placa de acero y destruir cualquiera de las delicadas válvulas que se guardaban en el tórax del robot.

—¡Cuidado, Walter!

Fue Meg quien gritó. El muñeco no había mostrado haber recibido impacto alguno. Hizo un movimiento para volverse, con el brazo en alto y el puño cerrado.

Clifford dio un paso atrás y levantó de nuevo su arma. Ninguno de sus compañeros podía tirar, por encontrarse él, Walter, en la línea de fuego. El enorme puño de Espartaco comenzó a descender, con terrorífica velocidad, sobre su cabeza.

Dio un paso atrás.

Walter oprimió el gatillo. Esta vez apuntó a la cabeza, a uno de los ojos. También aquél era un punto vital, aunque más difícil como blanco. Y tiró con menos escrúpulo ahora: uno, tres, cinco, seis, siete tiros.

No pudo evitar un resuello de alivio cuando vio al terrible fantoche tambalearse y caer, con enorme estrépito.

Meg se le acercó corriendo.

—¡Walter! —exclamó la muchacha, con el rostro del color de la tiza—. ¡Creí que iba a matarlo! ¡Qué horror!

Tenía en la mano su pistola metralleta, en posición de tiro.

—Gracias, Meg —repuso Walter concisamente—. No tenemos un segundo que perder —añadió—. Afuera todos.

Le obedecieron.

—Yo me quedaré aquí el tiempo que haga falta para vigilar a aquellos fantoches durante la retirada. Necesitarán ustedes, algún rato para destruir esos elementos, como hemos decidido.

Todos asintieron.

—Está bien, Dean —aprobó Walter—. A la menor señal alarmante que observe en el campo enemigo, avísenos.

CAPÍTULO VIII

UNA FUGA Y SUS CONSECUENCIAS



lifford salió por la puerta trasera del edificio como quien surge a la superficie de un pantano después de una inmersión más que prolongada.

Ignoraba el estado de ánimo, de sus compañeros, pero él, por su parte, no abandonó el edificio sin escrúpulo. No estaba en su temperamento el escapar sin combatir. Sin embargo, sabía que toda lucha en aquellas condiciones no sólo había de ser inútil sino hasta contraproducente.

Los robots eran muchos; el número de los disparos que él había visto desde la ventana, el ejemplo de lo que había sucedido en otros casos aquella misma noche, lo sugería con harta claridad. Eran difíciles de destruir a tiros, y más aún con las limitadas armas de que disponían los sitiados. Y la amenaza de Espartaco; tenemos granadas atómicas, no parecía de ningún modo vana; bastaba

recordar que los robots tenían uranio dentro de sus propios mecanismos, y también, por si eso fuera poco, los saqueos de establecimientos productores de armas y materiales atómicos que habían ocurrido aquella noche.

En cambio, si conseguían llegar a Atlanta, o aun a cualquier centro poblado, el más cercano, antes de que los robots pudieran darles caza, la fábrica Merryck sería reconquistada, o al menos destruida al día siguiente, desde el aire o mediante, un bombardeo de artillería, si era necesario. Walter no se detuvo a pensar que aquello significaría también la ruina de Merryck, y también la de él, Walter Clifford.

La tarea de inutilizar totalmente los elementos que pudieran ser útiles a los robots para poner en marcha a aquellos de sus semejantes que habían sido desarmados por los humanos, había resultado más ardua que lo que pareciera a primera vista. En la Merryck Corporation se fabricaban absolutamente todas las piezas que componían los muñecos mecánicos. Muchos materiales habían debido quedar casi intactos, por falta de tiempo.

En cuanto a las máquinas, Walter quitó algunos tornillos, torció a martillazos los ejes más delicados. Pero tenía noción de que aquello no era suficiente, y el tiempo urgía. Y la voz de Dean que llamaba desde la salita no tardó en oírse, entre el estrépito de los martillos que destrozaban concienzudamente válvulas y resortes:

—¡Clifford!, el enemigo hace señales. Quieren comunicarse con Espartaco.

—¡Comuníquese usted, reemplazándolo! —Dispuso Walter.

—¡Ya lo hice, Clifford! ¡No lo creen! ¡Exigen un santo y seña, y yo lo ignoro!

Era suficiente, se dijo el joven. La superchería había sido descubiertas o lo sería un momento más tarde. Y una vez llegara la primera bomba de uranio, no estarían ya ellos en condiciones de huir, ni de pedir auxilio a nadie. Walter dio la orden de retirada, de muy mala gana, dejando detrás de ellos una cantidad de elementos que todavía podrían resultar utilizables para aquellos monstruos, de construcción humana.

Eran doce personas, entre ellas un viejo y una mujer, las que salieron al exterior del pabellón, dejando tras sí las instalaciones que pronto habían de ser ocupadas, aunque momentáneamente,

según lo esperaban, por los robots. Los tres guardias nocturnos, que habían colaborado también en la labor de estropear o destruir los materiales, formaban parte integrante del grupo; cada uno de ellos tenía una pistola, la que usaba para la vigilancia nocturna del local.

Un pálido reflejo blanquecino que anunciaba el amanecer, flotaba ya, sobre una colina, en el horizonte.

—Pronto será de día —comentó Merryck—. ¿Lograremos llegar a los aviones, Walter?

Walter no contestó. Era difícil, pero había que intentarlo. En un ángulo de la pista de aterrizaje, el más próximo, estaba uno de los ómnibus que servían para el transporte diario de los empleados y obreros de la fábrica. Pero se trataba de un coche lento y pesado, que no tardaría en ser alcanzado por los robots si éstos lo perseguían.

Algo más lejos —y a cada paso de distancia el riesgo era mayor — estaban los pequeños aviones-helicópteros, de escasísima superficie de aterrizaje, en que habían venido Walter y los otros.

Eran aparatos ideales para lo que se proponían. En particular dos de ellos, el de Merryck y el del propio Walter. Agiles, muy veloces, y, aunque de capacidad reducida, suficientes para transportar seis personas cada uno, algo comprimidas en su interior.

—Por aquí, todos —ordenó Clifford tomando la senda que bordeaba la pista—. Rápido y en silencio.

Habían apagado las luces en el interior del edificio, antes de salir, como medida de precaución. Ni un reflejo iluminaba el camino, pues la noche era oscura, y el alba no más que un mero anuncio en el horizonte. Avanzaron a tientas.

Walter sintió que la mano de Meg se aferraba a su brazo. Era un alivio, en medio de la tensión nerviosa del momento.

—Todo va bien —susurró. Estaban ya cerca de su meta: la sombra, más intensa, de la elegante avioneta de Merryck surgía ya cerca de ellos.

Una serie de puntos brillantes se encendió de pronto horizontalmente, del otro lado del campo de aterrizaje. Las detonaciones —inconfundibles— de las armas de proyección atómica, resonaron.

—¡Al suelo! —ordenó Walter—. ¡Nadie haga fuego!

—Estamos perdidos —gimió el viejo Merryck—. Nos han

descubierto. Déjeme que les mande una dosis de plomo, Walter.

—No —insistió Clifford—. Nada ganaremos sino denunciarnos. Espera.

La descarga se repitió una vez más, y luego otra.

Oyeron el choque de los proyectiles contra las paredes y las ventanas, y el estrépito de los escombros arrancados de enfrente, al desplomarse.

—No es contra nosotros —respiró Walter—. Tiran contra las ventanas. Ignoran todavía que estamos aquí. ¡Arriba, ahora!

De un salto se incorporaron todos.

Ya habían designado quiénes habían de ocupar, respectivamente, cada una de las dos avionetas. Cada cual sabía adonde tenía que dirigirse, y lo hizo.

Los disparos habían cesado por el momento. Parecía como si los robots sólo tuvieran interés en atemorizar a los que huían.

El primer grupo de fugitivos alcanzó por fin el avión de Merryck y comenzó a subir. La portezuela se cerró tras ellos, en silencio.

—¡Cuidado, Clifford!

La exclamación de alarma provino de la garganta de Hoare, pero ya Walter había advertido algo anormal en las sombras que rodeaban a los dos grupos de fugitivos.

Dio un salto atrás, en el momento en que avanzaba a la retaguardia de los que iban a instalarse en su propio aeroplano. Con un movimiento se desprendió de la mano de Meg, que permanecía asida a su brazo, y echó mano a la metralleta que llevaba suspendida de su correa, junto a su cuerpo.

Era tarde.

Los ligeros chasquidos metálicos que denunciaban la presencia de los robots no sonaron sino en el momento justo, cuando ya no había tiempo de prevenirse, sino de defenderse contra, lo inesperado. Clifford había estado dispuesto para un ataque con armas de fuego, proveniente del otro lado de la pista, pero no para aquello.

—¡Bent! ¡Los robots atacan! ¡Pronto!

El motor, del avión de Merryck rugió en ese momento, mientras el aparato alzaba el vuelo, casi verticalmente. Pero Bent, el joven secretario de Merryck, que era quien conducía el aparato, ya había oído. El avión volvió a posarse en el césped. La portezuela se abrió

bruscamente.

—¡Ya vamos, señor Clifford!

Walter vio una sombra, grotesca, que se abalanzaba sobre él, y la esquivó por una fracción de segundo. La figura del robot perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer; una ráfaga de la metralleta de Walter cruzó su espalda, pero el monstruo se mantuvo en pie a pesar de todo.

Lo que siguió fue un pandemónium del que Walter no había de conservar después sino un recuerdo muy confuso. Calculó, sin certeza alguna, que los robots que los atacaban no pasarían de cuatro o cinco. Vio, cerca de él, el resplandor de un fogonazo procedente de la pistola de uno de los guardias, iluminar la cara de un robot, y vio también el terrible puño de la máquina bajar como un relámpago sobre la cabeza del hombre, que se desplomó como una res apuntillada. Dos o tres, pasos más allá, otras dos sombras peleaban, enlazadas, en la inútil tentativa del hombre. —Higgins— para zafarse de aquel espantoso abrazo de hierro.

Por su parte hizo fuego, como pudo, casi al azar, aun con riesgo de herir a sus propios amigos. El robot que lo había atacado primero se perdió de vista en la oscuridad, pero otra sombra se encaró de pronto con él. Walter encañonó la metralleta a la débil luminosidad de los ojos.

—¡Walter! —Era la voz de Meg, casi junto a su oído. La muchacha hablaba sin dejar ni por un momento de hacer fuego con su revólver, ya recalentado—. ¡Lo ha acertado esta vez!

Era cierto. El muñeco se desplomó, retumbando sordamente en el césped.

Pero había más. La lucha alrededor de Walter seguía, en la oscuridad, sorda, entre hombres y peleles. Clifford oyó un gemido y reconoció la voz de Higgins, uno de los empleados de contaduría. Lo vio, vagamente, desplomarse junto a él. Un robot soltó al infortunado escribiente y se lanzó contra el grupo que formaban Walter y Meg.

En una fracción de segundo, casi por intuición, columbró Walter cuál era la intención del muñeco. De un empujón, el joven hizo colocar a la muchacha detrás de él, mientras él encañonaba al robot con la metralleta.

No llegó a hacer fuego. Otro de los monstruos, o acaso alguno de

los hombres que peleaban detrás de Clifford, empujó a éste en el momento en que iba a oprimir el gatillo.

Walter se inclinó, involuntariamente, hacia adelante, a punto de caer, mientras el monstruo se abalanzaba sobre él. Oyó el grito aterrorizado de Meg, y el disparo del arma de la joven, cuyos proyectiles retumbaron al golpear sucesivamente contra un costado de acero y desviarse.

Logró esquivar la poderosa arremetida, y el monstruo pasó junto a él, pero permaneció firme en el suelo. Él, en cambio, perdió el equilibrio.

El robot no había hecho fuego. No tenía armas. Sólo entonces reparó Walter en que todos los disparos de la refriega provenían, al parecer, de las armas: que manejaban los humanos.

Un segundo muñeco se precipitó a su encuentro, brotando de la oscuridad. Walter tuvo apenas el tiempo necesario para alzar el cañón de la metralleta y hacer fuego. No apuntó al tórax esta vez. Tiró a los ojos. Uno de los proyectiles debió penetrar por la órbita, porque el muñeco permaneció quieto Un instante, después cayó:

—¡Meg! —gritó Walter.

Oyó un alarido de terror de la joven, pero cuando se volvió hacia donde la había visto un segundo antes ya no distinguió sino la oscuridad alrededor.

—¡Meg! —volvió a gritar—. ¿Dónde está, Meg? ¡Conteste!

La lucha parecía estar concluyendo. No se veían, como un momento antes, las sombras de los combatientes; los disparos habían cesado. Una silueta corrió hacia Walter; éste dio un paso de costado para esquivarlo, pero reconoció al que avanzaba.

—¡Clifford! —gritó el hombre. Se trataba de Broster—. ¡Se llevan a Dean! ¡Un robot ha secuestrado a Dean!

«¿Qué me importa de Dean?» estuvo a punto de exclamar Walter, pero se contuvo, arrepentido instantáneamente de su egoísmo. En realidad, en aquel momento casi no pensaba sino en la suerte que podía haber corrido Meg Harker.

Otro grito de la muchacha se oyó entonces, algo alejado, hacia la izquierda de la casa.

—¡Socorro, Walter! ¡Me llevan!

Clifford no se detuvo a forjar planes. Corrió desalado, en la dirección de donde provenía el grito. Sintió que algunos otros de

sus compañeros corrían también, pero no se preocupó por saber quiénes eran. Alcanzó a distinguir la silueta familiar de Broster.

Un alarido más, de la joven, resonó añora, ahogado, sin duda, por la presión de una mano de acero sobre su boca:

—¡Walter! ¡Walt…!

En medio de su ansiedad y su angustia, Clifford no dejó de experimentar una sensación de alegría al oír que Meg lo llamaba a él, entre todos.

Walter se detuvo un momento, desorientado. El tableteo de una ametralladora sonó enfrente.

Capítulo IX

Otra vez Espartaco



l brazo del muñeco mecánico rodeó a Meg Harker como lo que en realidad era: una pinza de acero. Le hizo perder el equilibrio, luego la levantó del suelo, sin el menor esfuerzo; la otra mano le sujetó las muñecas, impidiéndole emplear la pistola que llevaba en la diestra. Media vuelta más del férreo torniquete, y la pistola cayó sin ruido sobre el césped.

En el primer momento, Meg cerró los ojos, preparándose para un terrible fin en manos del monstruo. Pero pronto, al terror se mezcló el asombro, al advertir que el robot no intentaba matarla, al menos por ahora.

Secuestrada. Sí, la llevaban secuestrada. Pero ¿adonde?

Detrás de ella en el lugar donde habían quedado sus amigos, oyó gritos que pronunciaban su nombre, y también el de Dean. Oyó la voz de Walter.

Llamó otra vez, y la mano de acero le oprimió la boca, ferozmente.

Pero le dejó una mano libre. Libre para cerciorarse mediante ella de la extravagante sospecha que había cruzado por su mente. Alzó el brazo, estirándolo hasta tocar la cabeza del robot, buscando el lugar que ocupaba lo que de algún modo podía llamarse la oreja derecha.

Estuvo a punto de perder el sentido, al contacto de sus dedos con el acero, que sólo fue momentáneo. Porque un trozo de la oreja faltaba.

Y ella sabía bien a cuál de los robots del tipo 18, entre todos, identificaba aquel defecto, de fabricación o de lo que fuera: el robot al cual habían dejado ellos en el suelo, con las piezas vitales rotas, por los disparos de la metralleta de Walter.

Espartaco.

Meg sabía que en el tórax de cada robot se encerraban una porción de piezas delicadas y vitales, que sólo con gran cuidado podían reponerse en su lugar una vez destruidas. Y no hacía sino muy poco tiempo, menos de una hora, que las balas de la metralleta habían penetrado por el espaldar de Espartaco.

¿Era posible que aquel monstruo de pesadilla se hubiera levantado solo, que hubiera resucitado de entre los muertos y vuelto a la lucha con sus infernales hermanos?

Y si así era, como todo en el mundo lo indicaba, ¿qué hacer ahora? ¿Por qué se la llevaba a ella? ¿Era que continuaba la venganza que se había comenzado contra su padre, en la granja? ¿O acaso precisamente porque ella era mujer, y aquella diabólica criatura había acabado por hacerse demasiado humana, como el monstruo de Frankenstein?

Resistió todavía, forcejeó, como pudo, sintiendo que, las fuerzas la abandonaban, no sólo las físicas, sino lo que era peor, las morales.

El muñeco continuaba corriendo, llevando bajo el brazo a la joven, que se resistía aún, débilmente. No avanzaba hacia el otro lado de la pista, sino hacia un extremo del edificio, el izquierdo, donde existía otra puerta. Meg se preguntó si los robots estarían ya dentro del establecimiento, y ella era conducida también hacia el interior.

Varios tiros sonaron ahora, y un grito de dolor, y a Meg le pareció que el grito provenía de uno de los guardas nocturnos.

Entonces vio una sombra que avanzaba hacia ella. En el primer momento creyó que se trataba de otro robot, pero no: era la figura de un hombre.

—¡Walter! —gritó.

—¡Meg! —exclamó Walter, y la joven vio entonces que el gerente tenía la metralleta encañonada hacia el robot, mientras corría—. ¡No puedo hacer fuego! ¡Temo herirla!

Afortunadamente para ellos, el robot no llevaba armas de fuego. Se volvió, sin embargo, en un ademán de prepararse para la pelea, sin soltar a la joven, que, recobrando nuevas esperanzas, comenzó de nuevo a forcejear furiosamente.

Walter estaba ya a pocos pasos. No vaciló.

Tampoco hizo fuego, sino que se arrojó sobre el grupo que formaban el robot y Meg, reuniendo todas sus energías, en un violento impulso.

El pesado muñeco de hierro habría permanecido firme en su lugar, si hubiera estado solo, pero con la muchacha que forcejeaba bajo su brazo, era diferente. Se tambaleó como un ebrio bajo la arremetida del hombre.

Walter aprovechó la ocasión, sabiendo que no volverla a presentarse, nuevamente empujó, y Espartaco, o como se llamara el diabólico engendro, cedió del todo.

—¡Cuidado, Meg!

La muchacha hizo un esfuerzo para zafarse cuando el pesado armatoste cayó, amenazando oprimirla con un terrible golpe.

No lo logró del todo. Una pierna del robot cayó sobre ella, apretándole un hombro. Con una violenta sacudida, Meg se vio libre.

—¡Ahora, Meg! —exclamó Clifford—. ¡Apártese!

El robot estaba en el suelo, esforzándose por ponerse en pie, pero era torpe, como todos sus semejantes, para levantarse una vez caído. Con todo, alargó una mano hacia el tobillo de Meg, que en aquel momento se incorporaba, dispuesta a colaborar en la lucha.

Erró por una fracción de segundo. Y Meg se apartó, viendo a tiempo el movimiento de Walter con la metralleta.

Un último esfuerzo de Espartaco para levantarse se quedó

frustrado por el redoblar de la metralleta. El arma tenía ya pocos proyectiles en la recámara, pero Walter los descargó todos.

Con un movimiento casi humano, Espartaco se dejó caer del todo, inerte. Walter volvió a oprimir el gatillo, sin éxito; luego arrojó el arma a un costado.

—Es lástima que no tenga más —dijo—. ¿Cómo está, Meg? ¿Le ha hecho algún daño?

—Nada, Walter. Gracias a Dios, nada. ¿Y los otros?

Como respondiendo a la pregunta, surgieron de la oscuridad, acercándose, un par de siluetas. Walter reconoció a Hoare y también a Royal.

Hoare traía su rifle atómico, encañonado, Royal, una pistola. El movimiento del segundo era torpe: cojeaba violentamente de la pierna izquierda.

—Conseguimos librarnos de los robots —dijo Hoare, casi sin aliento—, y oímos que Dean había desaparecido, y también la señorita Harker. Corrí detrás de usted, señor Clifford, pero en la oscuridad no pude…

Walter le interrumpió.

—Pronto, Hoare, vamos. Los robots pueden volver a la carga. Además, están peleando todavía allí atrás. ¿Y Dean? ¡Hay que buscar a Dean!

—No —dijo Royal—. La pelea ha terminado hace un momento. Los robots se fueron. Si no fuera así, nos hubieran matado a todos. No entiendo.

—¿Quiere decir usted que abandonaron la lucha y se retiraron, después de habernos atacado?

—Eso mismo. No puedo comprender, señor Clifford.

—¿Hay victimas?

—Creo que sí —repuso el empleado—. Al menos, en cuanto a lo que yo pude enterarme, en la oscuridad. Oí caer a Higgins y a Bent. Creo que hay alguno más. Yo estoy herido.

Walter no escuchó más. Un solo pensamiento lo preocupaba, ahora que Meg estaba a salvo: Dean.

¿Qué habría sido de Dean?

Recordó entonces que Broster había corrido, en el primer, momento, en busca de su colega.

Walter arrebató casi el fusil atómico de manos de Hoare y corrió

hacia el lugar por donde había desaparecido Broster en busca de su amigo.

—¡Broster! —llamó desesperadamente, y fue coreado por las voces de los otros dos, que lo seguían. ¡Dean! ¿Dónde están? ¿Me oyen?

No hubo respuesta. Un tiro sonó entonces, aislado, de pistola, proveniente del ala izquierda del edificio.

—¡Dean! —volvió a gritar Walter—. ¡Dean! ¡Broster!

Vio que Hoare, que corría junto a él, tropezaba y estaba a punto de caer. El contador lanzó una maldición, refiriéndose a algo que había en el suelo. Pero se volvió, y Walter también, a examinar el bulto extendido en tierra.

Aun antes de mirarlo de cerca sabía ya Clifford, por una corazonada, de quién era aquella figura caída, Se trataba del ingeniero Dean.

—Está muerto —dijo Hoare.

Un grito, algo como un alarido de terror, sonó entonces en el mismo lugar donde se había disparado un tiro momentos antes.

—¡Socorro, Clifford! Estoy en poder de los robots. ¿Me oye?

Era la voz de Broster.

Walter arrebató, casi, el rifle que había devuelto a Hoare. Corrió, sin ninguna clase de precauciones, en la oscuridad.

—¡Ya vamos, Broster!

Corrieron los tres, Walter, Hoare y Royal, que venía detrás, renqueando. Walter oyó las voces de otros de sus compañeros, que también habían percibido la llamada de auxilio y acudían en socorro del ingeniero.

—¡Hacia la puerta de la izquierda! —ordenó Walter—. ¡Es allí, donde se encuentra Broster!

Otros dos o tres disparos de rifle atómico resonaron entonces, ahora, dentro del edificio de la fábrica.

Walter atravesó unos macizos de flores, destrozándolas, y llegó a la puerta del ala izquierda de la casa.

Allí no había nadie.

Volvió a llamar, una y otra vez, a gritos. Los otros, que comenzaron a llegar pronto, incluso los dos guardas nocturnos que quedaban vivos y el viejo Merryck, le imitaron.

Pero todo fue inútil. No había ninguna señal de vida, de

hombres ni robots.

Sólo la enorme y poderosa puerta blindada que cerraba —contra toda posible tentativa de un puñado de hombres armados a medias — el edificio de la Merryck Corporation.

Capítulo X

Clifford al Rescate



l gobernador del Estado de Georgia dejó el diario sobre la mesa de su despacho, con desaliento.

—¿Qué otra novedad hay, James? —preguntó.

El sirviente sonrió, sin alegría. Era un hombre de confianza del gobernador, y se permitía ciertas libertades.

—¿No le parecen ya unas cuantas, excelencia? —dijo.

—Por cierto que sí —aceptó el gobernador—. Y bastantes desagradables, sobre todo para quien tiene la responsabilidad de impedir eso. Me refiero a otras nuevas, posteriores a esa edición, y que hayan llegado por radio.

James se encogió, algo indiscretamente, de hombros.

—Son tantas ya, excelencia…

—Ha sido una noche terrible, James.

Volvió a tomar el diario.

Las noticias referentes al ataque llevado por los robots contra la fábrica de Merryck, ocupaban la parte principal de la, plana. Se relataba con mil detalles —en parte exactos, en otra gran parte inventados—, los episodios ocurridos desde el primer tiroteo de los muñecos contra la ventana, hasta la ocupación del edificio por éstos, y el secuestro del ingeniero Broster, el primer creador de aquellos monstruos, quien presumiblemente se encontraba en aquellos momentos prisionero, en el interior de la fábrica.

Debajo de aquellas noticias de primera importancia se agrupaban otras, procedentes de innumerables puntos del Estado, y también de otros Estados, vecinos o próximos. Florida, Alabama, Tennessee, Mississippi, aun Kentucky, figuraban en la ominosa lista.

Destrucción y muerte. El propósito de sembrar el terror, evidente hasta para un niño. A veces, los robots habían obrado con algo semejante a la inteligencia; en otras, parecían movidos por un impulso ciego de destrucción o casi por fuerzas demoníacas. En Alabama habían asesinado a una niñita de seis años; en algún otro lugar, a una pareja de ancianos enfermos. Otras veces los estragos habían logrado objetivos en algún sentido provechosos para ellos: armas, materiales atómicos, y en una ocasión, lo cual parecía todavía más extraño tratándose de aquella índole de ladrones, una pequeña joyería, de la cual habían robado cuanto contenido en oro y piedras pudieron hallar.

El diario se preguntaba para qué podrían servir el oro ni las piedras preciosas a unos muñecos.

La mente del gobernador del Estado no era demasiado inquisitiva. Sin embargo, formuló otra pregunta:

—¿Por qué tienen su especialidad en Georgia? —se dijo. En Georgia, Alabama, Florida, en fin, como si prefirieran los Estados del Sudeste. ¿Habrá alguna razón para ello?

Después se decidió por la acción. Tomó el radio-teléfono.

—Goggins —dijo, una vez que le hubieron puesto en comunicación con su secretario—. Dé las órdenes necesarias. Hay que terminar con esos fantoches que se han posesionado de la Merryck.

Por el éter llegó algo como un gruñido.

—Es cosa seria, gobernador. Ya he pensado yo también en eso. La Merryck está en un edificio de cemento, muy fuerte. Las puertas

son blindadas. Los robots, cualquiera que sea la explicación que demos a lo que están haciendo, tienen armas de repetición, y aun atómicas.

—Ya lo sé, Goggins, desgraciadamente.

—¡Han robado materiales de uranio, excelencia! Amenazaron con lanzar bombas de hidrógeno contra los que estaban en la fábrica antes que ellos. Habría que bombardearlos con artillería o…

—¿O por el aire?

—Exactamente, excelencia. Y no olvide que tienen actualmente un hombre prisionero: el ingeniero Broster.

—Usted no tiene la responsabilidad de esto, Goggins. Si la tuviera, comprendería que hay que terminar con lo que parece el núcleo principal de esos monigotes. Que no se puede…

—Discúlpeme un momento, excelencia.

El gobernador comprendió que alguien había interrumpido la conversación para decir algo al secretario. Aguardó.

Goggins volvió al habla de nuevo, un momento más tarde.

—¡Excelencia…!

El gobernador respondió con un gruñido impaciente.

—Se han captado mensajes radiofónicos de los robots —informó Goggins—. Me refiero a los que se apoderaron del edificio Merryck. Transmiten en Morse. Usted sabe que no pueden hablar de otro modo que…

—¡Siga, hombre, pronto!

—Dicen que el ingeniero Broster es su prisionero. Su rehén, mejor dicho. Que lo matarán inmediatamente en caso de que se intente cualquier maniobra militar contra la, fábrica.

—¡Oh!

El gobernador se dejó caer de nuevo en su asiento, mordiéndose el labio.

Reflexionó, con la cabeza inclinada, mientras la imagen de Goggins aguardaba, impávida, en la pantalla.

—Todo eso es verdad —fue su conclusión—, pero no es posible tampoco que por salvar a un hombre —cosa bastante improbable, de paso—, se permita que esos engendros sigan instalados en su propia fábrica, construyendo otros nuevos, reparando los averiados. Si atacamos, no será sin duda Broster el único en morir, y no por eso podemos dejar de hacerlo.

Oprimió un botón. Otro secretario apareció.

—Haga llamar al coronel Spring —dijo el gobernador—, enseguida.

* * *

—No puede ser, joven. —El coronel Spring era un militar del tipo «standard», alto, de hombros cuadrados, cara rojiza, el cabello prematuramente níveo.

—Mis órdenes en ese sentido son expresas.

Walter Clifford, frente a él, en el pequeño e improvisado despacho que ocupaba el coronel en una casa particular de Rodneyville, a doce millas de la fábrica Merryck, se limitó a apretar los labios. Después de todo, la respuesta no era sino la que él había esperado.

Insistió todavía.

—Lo que le pido no contradice sus órdenes, coronel. Un pelotón de hombres para acompañarme. Tengo el llavín de la puerta posterior de la fábrica, por allí podríamos entrar por sorpresa e intentar el rescate de Broster, antes de que los robots reaccionaran.

—¿Y dice usted que eso no contradice mis órdenes?

—Así lo creo yo, coronel Si fracasamos, será el momento de atacar con artillería o por el aire.

Spring sacudió la leonina cabeza.

—Lo que usted propone no podría hacerse sin violencia, joven. Broster sería muerto lo mismo. Y encima perdería una docena o dos de mis hombres.

Hizo un movimiento, como indicando que la entrevista había terminado.

—Como se imaginará —concluyó—, no podemos sitiar por hambre a unos muñecos de acero. Podríamos, tal vez, aguardar a que consuman sus reservas de combustible atómico, pero eso iría para muy largo, con los peligros consiguientes. La fábrica está atestada de esa clase de materiales, ¿no es eso?

—Así es —admitió Walter, levantándose. Y añadió, en tono despreocupado—: ¿Puedo preguntarle cuándo piensa atacar, coronel?

—No hay inconveniente. Mañana.

—Está bien —dijo Walter—. Así las cosas, sólo nos queda rezar una oración por Broster.

Él se lo ha buscado, en cierto sentido, hijo, Después de todo, esos robots son sus propias criaturas. Su afán de perfección lo llevó demasiado lejos. Acuérdese de Frankenstein, Clifford.

Walter estrechó la mano que le tendía el militar. Aparentemente, estaba conforme.

—Usted manda, coronel —dijo—. Gracias por su cortesía.

* * *

Walter colocó el pico de la aceitera en el ojo de la cerradura y derramó una regular cantidad de líquido lubrificante antes de introducir el llavín para hacerlo girar. Todas las precauciones para no hacer ruido eran pocas.

Junto a él, Hoare se limitó a mirar alrededor, escrutando la noche, no menos profunda y oscura que la anterior. Gracias a ella habían podido llegar los dos hombres hasta la parte trasera de la fábrica, burlando la vigilancia, no demasiado estricta, de las fuerzas militares a cuyo cargo había de estar el día siguiente el ataque y toma del establecimiento.

—Hasta ahora todo va bien, Clifford —comentó en un susurro Hoare. El peligro común le había hecho suprimir el «señor»—. Nadie nos ha visto.

Walter palpó una vez más el lugar, debajo del brazo izquierda, donde llevaba la metralleta, y empujó la puerta.

Se jugaban el todo por el todo, y los dos lo sabían. Había una probabilidad entre cien de que pudieran encontrar a Broster dentro de la fábrica, y otra entre mil de que pudieran abrirse paso, en secreto o por la violencia, entre los robots, y regresar afuera. Pero no podían dejar al compañero y al amigo abandonado a su suerte, sin la ayuda que no había querido prestar. —Walter lo recordó con ira— el prudentísimo coronel Spring.

La puerta de hierro giró lentamente. Los goznes también aceitados previamente, no chirriaron.

—Adentro —dijo Walter.

—Menos mal que conocemos bien el camino, aun a tientas —comentó Hoare—. Esos malditos tienen el oído casi tan fino como el

nuestro. Broster los planeó demasiado bien, Clifford.

Walter dio el primer paso hacia el interior, pero antes de entrar, se detuvo.

—¿Oyó usted algo, Hoare?

—No, por cierto.

—Yo sí. Aguarde.

Ambos trataron de penetrar la oscuridad, dentro y fuera del edificio. Walter aprontó la metralleta.

Una sombra más densa pareció materializarse a unos diez pasos de ellos. El dedo de Walter se crispó en el gatillo de la metralleta.

—¡Walter! —susurró entonces una, voz—. ¡Soy yo, Walter!

El joven reconoció la inconfundible voz de Meg Harker.

—¡Por Dios, Meg! Ha hablado usted a tiempo. ¡Un segundo más y…! Pero ¿qué hace aquí? ¿A qué ha venido?

La pregunta era ociosa. Walter comprendió al instante el increíble propósito de la joven.

—Me figuré que haría usted esto, Walter. Que no se avendría a dejar al pobre Broster librado a su suerte. Anduve vigilándolos primero, después los seguí, a usted y a Hoare.

—Pero usted, Meg… No es cosa de mujeres esto.

—Broster cayó intentando salvarme a mí, Walter. A mí y al difunto Dean. Me avergonzaría si no colaborara con ustedes, sabiendo que han venido a eso.

—No saldremos vivos de ahí dentro, Meg. Es lo más probable.

Ella dijo algo que compensó a Walter de todos sus peligros.

—Si no sale usted, tampoco saldré yo, Walter.

Correremos la misma suerte.

No se podía discutir más. Por otra parte, ya era demasiado tarde para echarse atrás. Los dos hombres y la mujer se introdujeron en el vasto patio techado.

Llevaban cada uno una linterna eléctrica, pero no hicieron luz. Los robots tenían buena vista, a las células fotoeléctricas que la reemplazaban.

Todo dependía, lo sabían bien, de que no hubiera muñecos de acero custodiando la puerta. Era posible que la capacidad de percepción de los extraños seres no llegara hasta comprender que algunos de sus enemigos tenían medios para, entrar por la puerta trasera, y que se disponían a hacerlo. Era posible, pero no

demasiado probable.

Avanzaron con infinito cuidado para no chocar contra las cajas de madera y otros elementos desparramados por el suelo, y que podían causar ruido, con la consiguiente catástrofe. Dieron unos pasos, muy pocos.

Habían confiado en que no hubiera robots a la custodia inmediata de la puerta, pero no que no los hubiera en las proximidades, sabiendo, como tenían que saber —con el conocimiento natural o diabólico que ya habían demostrado otras tantas veces—, que de un modo u otro los humanos tendrían que llevar un ataque contra la fábrica.

Y los robots estaban cerca. Se oían los pesados pasos de uno de ellos al chocar contra el pavimento de madera, aunque no precisamente en el recinto donde se encontraban los dos hombres y la mujer, sino en una oficina contigua.

—Por aquí —dijo Walter en un susurro—. No nos han oído.

Estaban preparados para ello, y no iban a abandonar su aventura por eso. Walter señaló hacia la izquierda, a la otra puerta del patio techado.

Pero no avanzaron. Acababan de oír algo más.

Era la voz de un hombre.

—¡Broster! —bisbiseó Hoare—. ¡Es Broster!

Walter oprimió el brazo del contador, con fuerza.

—Cállese.

Sí: era la voz de Broster; pero eso no era lo peor.

Lo peer era que el ingeniero estaba hablando con los robots, y les daba órdenes.

Capítulo XI

El Verdadero Jefe



mitió Hoare en la obscuridad una especie de débil gemido, manifestación de infinito asombro.

—Lo sospechaba —dijo. —Pero no podía creerlo. No podía…

Calló, y se inclinó para quitarse el calzado.

—Ustedes espérenme aquí un momento —dijo—. Por favor, no vengan tras de mí. Nos descubrirían a los tres. Cuídenme las espaldas, que será mejor.

Se adelantó con infinitas precauciones, sobre sus pies en calcetines, hacia la puerta lateral del patio techado. Conocía perfectamente el camino, de manera que no tuvo tropiezos, aun en la obscuridad. Se detuvo otra vez para escuchar la voz. Teda duda que pudiera caberle se había disipado por completo en aquel momento.

Broster. —Walter lo localizaba perfectamente, tan sólo por la

voz—, se encontraba en una oficina correspondiente a lo que llamaban sección de embalaje. El joven se dirigió hacia allí. Sólo en una ocasión tuvo necesidad de esquivar a dos robots que avanzaban juntos, cerca de él. Permaneció quieto, conteniendo el aliento. Los robots pasaron sin advertirlo.

El ingeniero había callado ahora. Walter se aproximó a la oficina y se detuvo a un lado de la puerta. No oyó nada. Broster debía de estar solo.

Walter aprontó la metralleta y se cuadró en la puerta.

El ingeniero estaba sentado ante una mesa escritorio, examinando unos papeles, con un lápiz y una regla en las manos. Alzó la cabeza y vio a Walter. La luz de una lámpara eléctrica de pie le daba en pleno rostro.

—¡Clifford! —Broster lanzó una carcajada. Walter se preguntó cómo no había reconocido él antes aquel brillo de demencia en los ojos del hombre—. ¡Debí habérmelo imaginado! ¿Qué le trae por aquí, mi estimado amigo?

—No tengo muchas ganas de hablar, Broster —repuso Walter—, pero una cosa le diré. No trate de llamar a sus robots. La metralleta está cargada, ¿sabe? Levante las manos y venga.

—¡Ah, la metralleta está cargada! —Broster volvió a reír—. Y piensa aniquilarme, Clifford. Puede apretar el gatillo, si quiere, pero ¿sabe usted dónde se ha metido?

—Pronto, Broster —fue la sola respuesta.

—¿Sospechaba Usted de mí, Clifford? Es un gran honor lo que hago a su inteligencia. ¿O no será, mucho más probable, que lo ignoraba todo, que vino… a salvarme?

La metralleta se movió un poco. Broster alzó las manos.

—No tire, Clifford. Después de todo, la vida tiene algún valor. Al menos me ha permitido ver lo que yo esperaba, Clifford: mis máquinas asustando, atenazando al Estado de Georgia, extendiéndose por los Estados vecinos… un peligro en ciernes para toda la Unión, para el mundo entero. ¡Todo obra del ingeniero Broster! Quería saber hasta dónde llegaban mis robots, Clifford.

Se había puesto de pie. Avanzó un par de pasos hacia la puerta.

—Broster —dijo Walter—, no sé si usted estará ya loco del todo o si le queda algo de razón todavía. Si es esto último, usted puede detener de alguna manera, todavía, esta abominación. Deténgala.

Tal vez después encuentre algo de conmiseración en un tribunal, a pesar de todo.

Broster le miró con odio.

—¡Ja, ja, ja! —La risa del ingeniero resonó, ominosa—. ¿Para salvarse usted? ¿Usted, el que me quitó de las manos a Meg, cuando el fiel Espartaco estaba ya a punto de traérmela? ¡Un magnifico rehén, Clifford! Algo más para mí, por cierto, pero también un rehén. No se atreverían a atacar la fábrica estando dentro ella, como lo harán sin duda cuando el prisionero, cuyo pellejo arriesga, no es sino el viejo Clifford.

Walter sabía que no tenía un segundo que perder si quería siquiera escapar de allí con vida. De un momento a otro podían aparecer los robots, llamados o no por aquel loco. Pero deseaba saber, y la ocasión era acaso la última.

—¿Cómo logró eso, Broster? —inquirió—. ¿Está Usted solo? ¿Quién, si no, maneja los otros robots, los de Tennessee, Mississippi y Florida?

Antes de que el otro pudiera contestar, Walter habló de nuevo. Otra sospecha había cruzado por su mente. Hasta aquel momento no había pensado en eso.

—¿Y Dean? —preguntó—. ¿Tuvo algo que ver Dean en todo esto?

Broster rió de nuevo.

—¿Dean? ¡Ah, sí, Dean! Ayudó algo, me sirvió un tanto, pero le faltaba genio… y coraje. No estaba dispuesto a encerrarse aquí, a continuar nuestra obra hasta el fin. Tuve que eliminarlo. Hubiera sido capaz de contarlo todo, y yo quería mantenerlo en secreto, con la esperanza de volver a la vida normal, después de haber logrado esto. Todavía lo pretendo, Clifford.

Calló. Clifford observó su mirada y advirtió, casi por instinto, que algo más ocurría.

Se volvió a tiempo.

Por el pasillo que conducía a la oficina, mal iluminada por el reflejo de la luz que brotaba de ésta, venía una figura. No era la de un robot: se trataba de un hombre.

Y el hombre traía una metralleta.

Walter lo reconoció. Era uno de los guardas nocturnos de la fábrica, de apellido Stem.

La metralleta se alzó, apuntando a Walter. Pero el movimiento de Clifford fue más rápido.

No había tiempo para vacilar. Tres, cuatro, cinco disparos, en rápida sucesión, atronaron el recinto cerrado. Stem se desplomó, doblado en dos, como un muñeco, no de acero esta vez, sino de trapo mal relleno.

Pero Broster tampoco perdía el tiempo. Aprovechó el brevísimo instante en que Walter descuidó su guardia; para dar a éste un empujón y huir por el pasillo.

Walter estuvo a punto de hacer fuego, pero una inhibición intuitiva, una repugnancia a tirar contra el que había sido su compañero, casi su amigo, retuvo su brazo. Corrió detrás del hombre.

Media docena de gritos rasgaron el aire, pronunciando nombres extraños, sin duda los apelativos fantásticos puestos por e] mismo Broster a sus robots.

—¡Deténgase, Broster!

Walter alzó la metralleta, lejos ya de todo escrúpulo. Un momento más y todos los robots, que infestaban el establecimiento estarían encima.

Vio entonces hacia dónde iba el ingeniero. Al extremo del pasillo había un pequeño cuarto que servía como depósito de materiales químicos, sin uso inmediato. Nadie entraba allí, sino alguna vez muy espaciada, para limpiar o para llevar, algún nuevo trasto.

La luz se hizo en la mente de Walter, casi sin razonar, intuitivamente, al ver que el ingeniero se precipitaba a la manija de la puerta de aquel cuartujo.

El mismo cuarto, ahora estaba seguro Walter, de donde había salido Stem un momento antes.

—¡Párese, Broster! —volvió a gritar Walter, pero casi inmediatamente hizo fuego.

Con la manija de la puerta todavía en la mano, en un último intento por penetrar en la habitación, Broster se dejó caer al suelo. El brazo quedó en alto, grotescamente, sostenido por la manija; después se desprendió y cayó también, Walter no esperó más. Huyó, de un salto, hacia el lugar donde había dejado aguardando a Meg y a Hoare.

Los encontró a mitad de camino, cuando corrían hacía él,

atraídos por las detonaciones.

—¡Walter! —exclamó la joven, en un sollozo, casi sin aliento—. Gracias a Dios que lo veo vivo. ¡Ya creía qué…!

—¡Pronto! —El joven señaló hacia atrás, sin dejar de correr—. Broster ha muerto, pero los robots están en pie aún. ¡Dentro de un momento estarán encima!

Era cierto. Dos siluetas negras se destacaban contra la débil luz difusa que brotaba de la oficina, Walter hizo fuego hacia ellas.

—¡Bien, Walter!

Uno de los dos robots cayó. El otro siguió andando hacia ellos.

Otra ráfaga. El segundo robot fue alcanzado, pero no se desplomó. Walter sabía que contra aquella clase de enemigos no había término medio: o destruirlos del todo, con una bala bien precisa en puntos vitales, o nada. A un hombre se le podía herir, romper una pierna o un brazo. El robot continuaba, la lucha, lleno de agujeros, mientras alguna de sus válvulas centrales no estuviese rota.

Sin embargo, éste parecía averiado. Se tambaleaba como un ebrio.

La metralleta de Meg, e incluso la de Hoare, también hablaron. El robot cayó ahora.

Pero había otros.

Aparecieron, corriendo, desde distintos puntos del vasto local, respondiendo sin duda, a las llamadas, hechas un momento antes de morir, por Broster.

Los tres fugitivos corrieron, guiados ahora por la luz de la linterna encendida por Hoare.

—¿Qué pasa con esos muñecos? —preguntó Hoare—. Parecen torpes. Carecen de velocidad. No entiendo.

En verdad los iban dejando atrás, cosa extraña tratándose de los veloces, y ágiles muñecos de Broster. Dos o tres de los monstruos tenían armas de fuego también, e hicieron uso de ellas. Pero sin éxito. Las balas se perdieron en el aire. Walter oyó cómo caían, destrozados, varios damajuanas con líquidos químicos que había en un estante. La puntería de los robots no había parecido, antes, demasiado precisa, pero ahora era grotesca.

Otro muñeco eme surgió de un costado del patio se cruzó con ellos antes de que tuvieran tiempo de encañonarlo con las

metralletas. Meg lanzó un grito de espanto. Con una reacción instintiva, empujó con su mano libre al fantoche.

—¡Meg! —exclamó Walter, al tiempo que alzaba el cañón de la metralleta.

No llegó a hacer fuego. El robot, como si estuviera borracho, había retrocedido tambaleándose ante el débil empujón de la mano de Meg. Ante los ojos asombrados de los tres, retrocedió algunos pasos y luego se derrumbó en tierra.

Estaban ya cerca de la puerta trasera de la fábrica, Corrieron, sorteando algunos obstáculos desparramados por el suelo. Detrás de ellos se oían los pesados pasos de los robots.

—¡Ahora, todos! ¡Afuera!

Les pareció un sueño el momento en que se encontraron al aire libre, bajo las estrellas, y la puerta trasera se cerró de un golpe, empujada por la mano de Walter.

—¡Terminó la pesadilla, Walter! —exclamó la joven—. ¡Por fin!

Walter permaneció un instante inmóvil, reponiéndose del esfuerzo.

—¿La pesadilla? —dijo luego—. ¿La pesadilla? ¿Terminada? ¿Cuándo esos monstruos continúan matando, incendiando y saqueando en toda Georgia, y en media docena de Estados? ¿Cuándo el ejército va a bombardear mañana al amanecer todo esto, y a destruir nuestro medio de vida, nuestro y de tanta pobre gente?

Reflexionó un momento.

—Espérenme aquí —dijo luego—. Voy a entrar de nuevo. Si lo que yo pienso resulta cierto, como estoy seguro, todo saldrá muy fácil.

Conclusión

Todavía aguardaron media hora más, sentados en el césped, reponiéndose y comentando los horrores pasados, mientras el alba comenzaba a apuntar por entre unos olmos.

Después entraron Walter y Hoare. Meg intentó hacerlo también, pero ellos se opusieron, amenazando aún con la violencia física para impedirlo.

—Lo peor ha pasado ya, Meg. Te aseguro que en lo que vamos a hacer ahora no hay mayor peligro.

—Entonces déjame entrar a mí también, Walter.

—No. Estás demasiado agotada, Meg. Has hecho ya tu parte.

Walter volvió, a abrir la puerta con el llavín, y entraron. A pesar de las palabras con que había intentado tranquilizar a Meg, Clifford necesitó reunir todo su coraje para aventurarse otra vez en aquel antro.

No intentaron proceder en secreto ahora. Con la linterna de Hoare encendida, avanzaron, sorteando los obstáculos, a través del patio techado.

Dos robots avanzaron hacia ellos, procedentes de un corredor lateral, pero su andar era lento, pesado. Una ráfaga de la metralleta de Walter los tumbó por el suelo, sin que hubieran ofrecido resistencia seria, a pesar de que uno de ellos traía también su metralleta.

Hoare lanzó una exclamación ahogada.

—Me parece que usted estaba en lo cierto, Clifford —opinó.

Walter no respondió. Otros tres robots se distinguían vagamente, algo más lejos, a la luz blanquecina del amanecer, que comenzaba ya a filtrarse por las ventanas enrejadas y los vidrios del techo.

Sólo uno de los monstruos dio muestras de haberlos visto, y

avanzó hacia ellos. Los otros dos continuaron su camino en línea recta, sin reparar en los intrusos.

Walter no se detuvo a luchar con el que venía en su busca. Lo esquivó, lateralmente, y avanzó en derechura hacia la meta que lo guiaba ahora: el cuarto de los materiales químicos de donde había salido Stem, el guarda nocturno, y en el cual había pretendido entrar Broster cuando los disparos de la metralleta de Clifford segaron su vida.

Hoare corrió tras él.

El robot avanzó tras ellos, como si se hubiera percatado de la intención que llevaban sus enemigos. No era ya el único. Otros muñecos acudían desde distintos puntos del establecimiento, atraídos por las detonaciones, pero ni Walter ni Hoare repararon en ellos.

Febrilmente, Clifford alcanzó la puerta del cuarto, hizo girar la manija y tiró. Como se lo imaginaba, no tuvo resistencia. La puerta no estaba con llave: se abrió, dejando ver su contenido.

No eran precisamente productos químicos, las polvorientas botellas y damajuanas que habitualmente se guardaban en aquel sitio, por si podían utilizarse para algo, antes de vaciarlas en el sumidero.

Era una serie de cajas de plástico, de color oscuro, semicubiertas de hilos que se entrecruzaban, uniéndose entre sí en varios grupos, centrados luego cada uno en un cable que subía hacia el techo. Walter era un comerciante y no un técnico, pero no le fue difícil reconocer una estación, simplificada y adaptada a un medio reducido como aquél, transmisora de energía por ondas hertzianas.

Tampoco se detuvo a pensar. Hizo fuego contra los aparatos, oprimiendo el gatillo de su metralleta, ferozmente, en ráfagas horizontales y verticales, una y otra vez, hasta que le dolió el hombro con los golpes del retroceso, un poco detrás de él, Hoare hacía lo mismo.

Ninguno de los dos se acordó de los robots que se precipitaban hacia ellos un momento antes. Sólo un minuto o dos más tarde, cuando las cajas y su contenido estuvieron reducidas a una nube de escombros, se volvieron.

Walter encañonó la metralleta hacia el lugar donde había visto venir a los robots, pero no llegó a disparar.

No hacía falta.

Los muñecos mecánicos —todos los que se habían aproximado un momento antes— estaban tendidos en el suelo, inmóviles. La linterna eléctrica de Hoare permitió ver sus grotescos cuerpos de acero, sin señal alguna ya de su infernal «vida».

—Cuidado, Walter —previno Hoare con cierta inquietud—. No se fie demasiado. Hay muchos más robots en la casa, y no sabemos si les ha ocurrido o no lo mismo.

—Yo sí lo sé —afirmó Clifford—. Hace un momento lo dudaba. Ahora estoy seguro.

Dio un puntapié en el costado de uno de los robots caídos, que resonó como una lata de petróleo vacía.

—¡Los monstruos pensantes! —exclamó con desprecio—. ¡Los seres darwinianos, que habían evolucionado hasta adquirir inteligencia! ¡Los que iban a conquistar el Estado de Georgia, la Unión, y luego el mundo! ¡Ahí los tiene, Hoare! ¡Eso es lo que son, cuando les falta el fluido que les enviaba Broster con esa maldita transmisora! ¡Hierro viejo! ¡Chatarra!

Hoare no le oía. Se había inclinado y estaba examinando el muñeco que Walter acababa de golpear con el pie. Sobre el peto de acero se veían varias perforaciones circulares, características de las balas de metralleta. El espaldar también presentaba una o dos.

—Este robot ya ha sido atacado antes —dijo Hoare—. Y seguramente por nosotros. Mire.

Walter miró las perforaciones de bala. Instintivamente, su mirada buscó la oreja derecha del robot, en la cual se veía una rotura, un defecto de fabricación, que ellos conocían bien.

Era Espartaco.

* * *

—No lo sabía —dijo Clifford respondiendo a una pregunta de su tío Horace Merryck—. Me lo imaginé solamente. Fue una corazonada, que resultó bien, como pudo haber salido lo contrario. MI razón me decía sí, que eso de la, inteligencia de los robots, en que algunos creían, era un mito. El acero y el vidrio no piensan, por perfectos que sean. Había, pues, alguna causa que los manejaba, y esa causa sí era inteligente.

Estaban sentados en el despacho del presidente del Directorio, en el vasto edificio Merryck, ahora libre de fuerzas del ejército y de armas de fuego, aunque no de robots, si bien éstos estaban acondicionados en filas y cajas, convertidos en mercancía inofensiva, como antes de empezar aquella odisea que ahora terminaba. El pequeño grupo estaba formado por Merryck, Walter, Meg Harker y Hoare, además de media docena de miembros del personal superior que no habían estado presentes durante los trágicos sucesos de la noche anterior.

—Pero no pensé en Broster —siguió Clifford—. Si alguna vez sospeché de él, aparté de mí ese pensamiento como indigno. Pero había motivos más que suficientes para sospecharlo; más aún, debíamos haber tenido la certeza todos.

—¿Por ejemplo? —interrogó Merryck.

—Broster era el hombre más indicado, tío. El hombre que más sabía de robots en todo el Estado: más que, probablemente, en toda la Unión. Además ¿por qué los robots, si tenían granadas de hidrógeno, como en realidad las tenían, no las dispararon contra la fábrica? Nos hubieran eliminado en un instante, sin peligro alguno para ellos y sin destruir nada que les fuera útil. No lo hicieron porque estaba él, Broster. Más aún: ¿por qué la mala puntería de los muñecos cuando tiraban contra nosotros, desde el otro lado de la pista? ¿Por qué esos robos de dinero, elemento totalmente inservible para unos fantoches? Para pagar cómplices, sencillamente, para pagar a Stem.

Walter se contuvo en el momento en que casi iba a nombrar también a Dean. Se había hecho el propósito de no hacerlo. Nadie sino él, Walter, había oído aquel nombre en labios de Broster. Y Clifford no tenía ningún motivo para denunciarlo, aun después de muerto. Que cada uno, incluso la policía, formara sus propios juicios. Dean había hecho también mucho mal, había colaborado con aquel demente enloquecido de vanidad y soberbia. Él era quien había estorbado la comunicación por radio desde la fábrica con las autoridades, el que había recompuesto a Espartaco mientras fingía vigilar a los robots desde la ventana, el que se había turnado sin duda, con Broster y Stem, en la dirección y manejo clandestinos de aquella confabulación, desde el cuarto donde estaba la central transmisora. ¿Con qué fines? ¿Dinero? ¿Vanidad también, como su

jefe? No era cosa que concerniera a Walter, al menos por ahora.

—Algo hay que no está, para mí, demasiado claro —objetó Hoare—. ¿A santo de qué hizo asaltar la fábrica? ¿No le habría sido más fácil encerrarse dentro por la noche, armar sus robots y recibir a los otros muñecos desde dentro?

—Es una objeción razonable —reconoció Clifford—. Pero piense que Broster no se había resuelto a arrojar la careta. Tenía sus esperanzas de disimular todavía, de volver luego de este episodio a la vida normal, con los demás hombres. No ignoraba que su cuarto secreto tendría que ser descubierto de un momento a otro. Resolvió dar un golpe final, maestro, que le permitiera sostenerse algún tiempo y fabricar nuevos robots, y… ¿quién sabe? ¿Puede alguien penetrar en las intenciones y la mente de un loco?

Hizo una pausa para encender un cigarrillo.

—Se hizo secuestrar, y apareció como víctima, en vez de victimario. Después, según su imaginación, saldría llevado en andas, como un héroe, guardando en lo íntimo el orgullo de lo que en realidad había hecho. Además —miró a Meg—, creo que el hombre tenía sus esperanzas…

La muchacha se sonrojó violentamente. Walter calló.

* * *

Era ya tarde cuando salieron, dispuestos a no regresar al establecimiento en diez días, al menos. Después habría que reorganizar todo, empezando por la propaganda. Y también, al menos Meg y Walter, buscar un buen restaurante en Atlanta, donde cenar, antes de ir a ver algún espectáculo.

Porque la pregunta y la respuesta eran de rigor en aquel momento, ya que habían sido hechas tácitamente. Aunque habrían de repetírselas muchas otras veces. Meg estaba segura.


FiN





Escena de EL REY DE LOS MONSTRUOS, de Mahier Films.

Nombre real: Alonso Lisardo (Argentina).

Notas

[1] Nombre del jefe que capitaneó la terrible sublevación de esclavos en la antigua Roma. (N. del A.). < <